

La «hermosa» Europa de las ciudades y de las universidades (siglo XIII)

Los éxitos de la Europa del siglo XIII

EL SIGLO XIII ESTÁ CONSIDERADO EL APOGEO DEL OCCIDENTE medieval. Sin doblegarnos a esta problemática discutible de apogeo y declive, hay que decir que el siglo XIII fue el siglo en que se afirmaron la personalidad y la nueva fuerza de la cristiandad, fraguadas a lo largo de los siglos precedentes. Es también el momento en que se impone un modelo que podemos llamar, dentro de la perspectiva de la larga duración, europeo. Un modelo con sus éxitos y sus problemas. Los éxitos se revelan en cuatro dominios principales. El primero es el desarrollo urbano. Ya hemos visto cómo en la Alta Edad Media se forma una Europa rural; en el siglo XIII se impondrá la construcción de una Europa urbana. Europa se encarnará esencialmente en las ciudades. En ellas tendrán lugar las principales mezclas de población, donde se afirmarán en nuevas instituciones y aparecerán nuevos focos económicos e intelectuales. El segundo éxito es el del resurgir del comercio y de la promoción del campesinado, con todos los problemas que plantea la difusión del uso del dinero en la economía y en la sociedad. El tercer éxito es el del saber. Afecta a un número cada vez mayor de cristianos a través de la creación de escuelas urbanas que corresponden a lo que nosotros llamaríamos la enseñanza primaria y secundaria. La importancia de esta actividad escolar varía según las regiones y las ciudades, pero con frecuencia afecta a un 60 por 100 de los niños de las ciudades e incluso más. Y en algunas ciudades, en Reims, por ejemplo, incluye a las niñas. Sin embargo, observaremos, sobre todo para nuestro propósito, la creación y el rápido éxito de centros que nosotros calificaríamos de enseñanza superior, las universidades. Éstas se convierten en foco de atracción de un elevado número de estudiantes, de maestros muchas veces de renombre e incluso ilustres; en las universidades se elabora un nuevo saber resultado de los nuevos estudios del siglo XII, la escolástica. Por último, el cuarto éxito que sostiene y alimenta a los otros tres es la creación y la extraordinaria proliferación en una treintena de años de nuevos religiosos, que viven en la ciudad y actúan sobre todo en el medio urbano: las órdenes mendicantes que conforman la nueva sociedad y remodelan profundamente el cristianismo que ésta profesa.

1. El éxito urbano: la Europa de los ciudadanos

Ya hemos visto que la ciudad medieval, aun cuando siga en el emplazamiento de una ciudad antigua, cambia profundamente de rostro y más aún de función. La ciudad medieval sólo secundariamente tiene una función militar, pues es en los castillos señoriales donde se hallan los nudos de la guerra. Afirma una función económica mucho menos importante en la Antigüedad, pues las ciudades estaban menos pobladas, salvo en el caso de Roma y de algunas ciudades orientales. Las ciudades antiguas no eran los centros de consumo importantes que llegarían a ser en la Edad Media. Sí son, con todo, centros de intercambio gracias a la urbanización de los mercados y a las ferias. La ciudad medieval es policéntrica, aunque el mercado suele ser el centro más visible e importante. Por último, y se trata de otra novedad, en lugar de los talleres de los grandes dominios de la Antigüedad, son las tiendas de los artesanos las que confieren a la ciudad medieval una importante función de producción. Todavía encontramos un eco de estas actividades medievales en las ciudades actuales que conservan la toponimia de calles como de los Curtidores, de los Traperos, etc. En cualquier caso, la ciudad medieval conserva e incluso refuerza una mentalidad urbana que es una parte fundamental de su originalidad y de su poder. La oposición ciudad-campo como equivalente aproximado de civilización-barbarie ya era fuerte en el mundo romano. Lo es más en la Edad Media, cuando se sabe que la masa campesina estaba formada por gente que era llamada en todo el ámbito cristiano «villanos», y que durante mucho tiempo conservaron un estatuto de «no libres», de esclavos y luego de siervos, mientras que «ciudadano» y «libre» eran términos coincidentes. Por lo demás, en la Edad Media circuló un proverbio alemán que rezaba «el aire de la ciudad hace libre» (*Stadluft macht frei*).

El cristianismo recogió y fortaleció una noción antigua de la ciudad procedente de Aristóteles y de Cicerón. Según ellos, lo que define, lo que constituye la ciudad no son las murallas, sino los hombres, los hombres que la habitan. Esta noción se difundirá ampliamente en la Edad Media gracias a la influencia de intelectos tan influyentes como Agustín y luego Isidoro de Sevilla. La encontraremos en una sorprendente serie de sermones predicados en Augsburgo a mediados del siglo XIII por el dominico Alberto el Grande, en latín y en alemán, sermones que proponían una especie de teología y de espiritualidad de la ciudad según las cuales las callejuelas estrechas y sombrías eran equiparadas al infierno, y los lugares despejados al paraíso. Así vemos que en el siglo XIII la mentalidad urbana integraba una visión urbanística.

En efecto, mientras las rutas medievales habían perdido la solidez de las rutas antiguas y se habían convertido sencillamente en «el lugar por donde se pasa», a partir del siglo XII las ciudades se preocuparon de la limpieza, se pavimentaron más calles, se reguló la eliminación de basuras y aguas residuales, se adornaron con monumentos cuyo objetivo no se reducía a la pretensión de imponer la imagen de la supremacía de los poderosos, sino que perseguían además objetivos de belleza. La ciudad era en la Edad Media uno de los principales ámbitos donde se forjaba la idea de belleza, una belleza moderna, diferente de la concepción anti-

gua, que había experimentado un cierto declive de su estética. Umberto Eco ha descrito esta emergencia de una belleza medieval encarnada en los monumentos y teorizada también por la escolástica urbana.

Con mayor motivo, la ciudad europea admite la definición hecha por el historiador italoamericano Roberto López de un «estado de ánimo». Hay que hablar aquí de una imagen de la ciudad en la que se encarnaban simultáneamente realidades materiales y representaciones mentales. Hablamos de las murallas. La Antigüedad legó a la ciudad medieval las murallas, muy a menudo, como era el caso de Roma en el siglo III, levantadas para defenderse de las invasiones bárbaras. Sin embargo, a tales alturas la mayoría de aquellas murallas se encontraban total o parcialmente en ruinas. Los hombres de la Edad Media las repararon o levantaron en su totalidad, no solamente como protección sino, sobre todo, porque la muralla era el símbolo por excelencia de la ciudad. Una verdadera ciudad debía estar rodeada de murallas. Cuando las ciudades obtuvieron una personalidad jurídica y utilizaron sellos, en numerosas ocasiones la muralla fue el signo representado en el sello. La importancia que se le confería conllevó un interés particular por las puertas, los lugares de paso de los hombres, animales y bienes, materialización de una dialéctica del interior y el exterior, esencialmente para la Edad Media cristiana y que dejaron una huella muy profunda en toda Europa. El interior a la vez territorial, social y espiritualmente, se privilegió en relación al exterior. «Interiorizar» se convirtió en una tradición, en un valor de Europa.

a) Ciudades episcopales

El primer tipo de ciudad que se impuso en la Europa medieval fue la ciudad episcopal. La presencia de un obispo fue incluso el signo urbano por excelencia, pues era el jefe obligatorio de todo grupo humano de cierta importancia, y el responsable de los ritos de la nueva religión que habitualmente se practicaban en las iglesias, dentro de las ciudades. Esta formación de una población urbana compuesta por cristianos, por fieles, adoptó un rostro especialmente revolucionario y espectacular con la urbanización de los muertos. El cadáver ya no era, como para los antiguos, un objeto de horror, y así el cristianismo repatrió dentro de la ciudad los cementerios y fundó otros nuevos. La ciudad de los muertos se sitúa en el interior de la ciudad de los hombres vivos.

b) Las «grandes» ciudades

En el período central del siglo XIII, el desarrollo urbano se tradujo en la multiplicación de ciudades pequeñas y medias y en la ampliación de un pequeño número de grandes ciudades. No por ello debemos imaginarnos las ciudades de la Europa latina en la Edad Media según el modelo de las metrópolis modernas o de las grandes ciudades del Oriente bizantino o musulmán. Una ciudad importante en Occidente tenía de 10.000 a 20.000 habitantes. Salían de lo común Palermo y Bar-

celona, con cerca de 50.000 habitantes; Londres, Gante, Génova y, en territorio musulmán, Córdoba, con cerca de 60.000 habitantes. Bolonia contaba sin duda entre 60.000 y 70.000 habitantes, Milán 75.000. Solamente Florencia y Venecia alcanzaban y tal vez superaban los 100.000 habitantes; y la mayor ciudad fue sin discusión París, que hacia el año 1300 albergaba, según ha podido demostrarse, 200.000 habitantes.

c) La literatura urbana

El éxito y prestigio de las ciudades alimentó una literatura que tuvo también, dentro de los límites de la circulación de los manuscritos, un gran éxito. Nos referimos a las crónicas urbanas, a la alabanza de las ciudades. En una época en que no se admiraban las montañas ni las costas y donde la noción misma de paisaje no existía, lo que la geografía ofrecía a la admiración de los europeos de la Edad Media era la ciudad. La admiración por las ciudades consideraba lo numeroso de su población, de sus actividades económicas más relevantes, la belleza de sus monumentos, la variedad de los oficios que en ella se practicaban, la difusión de la cultura, la cantidad y belleza de las iglesias, o la fertilidad del territorio, pues la ciudad era el centro dominante de los campos; por último se detenía en la evocación de un pasado a menudo legendario, en mitos fundacionales y héroes fundadores como los conoció la Antigüedad, que en este punto la Edad Media renovaba. La ciudad fue uno de los caminos a través de los cuales se esbozó un sentido de la historia, una historiografía europea. Junto con las abadías, conformaba el principal tema de una historiografía balbuceante. Entre esas alabanzas dedicadas a las ciudades, la más notable, la más ejemplar fue sin duda el tratado en latín de las *Maravillas de la ciudad de Milán* escrita por el pedagogo milanés Bonvesin de la Riva (1288).

d) Las capitales

Al margen de una clasificación en orden a la importancia demográfica, las ciudades constituyeron una jerarquía definida por la política. Desde este punto de vista se afirmaron dos tipos de ciudades. El primero fue el de las capitales, residencias de una entidad política superior. Muy pocas ciudades alcanzaron en la Edad Media el estatuto de capital. Además, la noción de capital es diferente en la época medieval y en la época moderna. Tomemos el caso de Londres. La excelente obra de G. A. Williams (1963) dedicada al Londres medieval lleva como subtítulo «De comuna a capital». Sin embargo, lo que los hombres de la Edad Media consideraban como la sede de la capital era solamente la *City of Westminster*. El caso de Roma es diferente y más sorprendente. Aunque Roma había sido la sede habitual del papado, el papa había sido con cierta frecuencia expulsado de ella por los romanos, su sede fue el Vaticano, y la ciudad se rodeó de las murallas que León IV hizo levantar en el siglo IX. Roma no fue llamada en

la Edad Media *caput mundi*, es decir, capital. El principal éxito lo obtuvo París, aunque debía su éxito a la acción paciente que desarrolló la dinastía capeta a partir de 987, y sobre todo gracias a la propaganda de la abadía real de Saint Denis, necrópolis de los reyes de Francia. Las crónicas de Saint Denis, matrices del espíritu nacional francés, todavía concedían el título de capital tanto a Saint-Denis como a París. En realidad, la capital estaba formada por la pareja París, Saint-Denis. Las capitales de Europa no son realidades medievales, salvo excepción. Y la propia cristiandad no tuvo verdaderamente capital, ni siquiera Roma.

e) Las ciudades-Estado

Otro tipo de ciudad evolucionada estuvo formado por las ciudades que se dilataron hasta formar Estados. El caso de Italia es el más ilustrativo. Yves Renouard ha distinguido tres fases en la evolución de las ciudades italianas desde el siglo X al XIV. Primero se produjo la implantación de una comunidad aristocrática que acaparaba el poder en detrimento del conde y del obispo; luego, frente a las divisiones en facciones de la aristocracia en el poder (la principal oposición era la muy conocida que enfrentaba a Güelfos y Gibelinos), se recurrió a un extranjero dotado de poderes limitados, el *podestà*. Por último se encuentra el gobierno de los edificios y corporaciones de la élite comercial y artesanal, «los pudientes», que tropezó con la contestación creciente del pueblo humilde. En todas partes, y en particular en Génova, Milán, Florencia, Venecia e incluso en Roma, el poder se manifestó a través de una lucha incesante entre clanes de las grandes familias. Sobre todo, la política de esas grandes familias y de los consejos que éstas dominaban condujo a la transformación de los territorios que rodeaban las ciudades en posesiones dominadas. Es el punto de arranque de la evolución de estas ciudades en ciudades-Estado. Los más bellos ejemplos fueron Venecia, Milán y Florencia. Sin embargo, la Italia urbana fue, en la Europa medieval de las ciudades, un caso límite y una excepción. En Italia, por ejemplo, los nobles residían en las ciudades mientras que en el resto de Europa vivían en sus castillos en el campo, aun cuando los más ricos poseyeran una residencia secundaria en la ciudad.

f) Ciudades y feudalismo

A menudo se ha contrapuesto el fenómeno urbano medieval al fenómeno feudal, y hemos visto en la ciudad medieval un fermento destructor del feudalismo, un elemento extranjero y hostil al feudalismo. Rodney Hilton ha demostrado, como otros autores, en relación a Francia y a Inglaterra, en qué medida las ciudades medievales no solamente transigían con las estructuras feudales generales, sino que formaban parte de ellas. En efecto, es preciso ver que lo que la Edad Media legó a Europa, sin dejar de tener en cuenta que el sistema feudal fue arruinado

por la Revolución Francesa, fue una economía y una sociedad fundadas en las relaciones ciudad-campo, según las cuales el aspecto dominante era no el antagonismo cultural sino la complementariedad y la explotación de los campos por las ciudades. Las ciudades se desarrollan gracias a la inmigración de un cierto número de campesinos. Las ciudades medievales estaban habitadas por campesinos más o menos recién llegados. El desarrollo de la actividad artesanal y económica de las ciudades se alimentó de los excedentes agrícolas. El gobierno de la ciudad evoluciona desde una situación de carácter estrictamente señorial a nuevas formas de gobierno que se integran en las estructuras feudales.

La personalidad de la ciudad europea

Lo que caracteriza a la ciudad medieval y que nuevamente encontraremos en la Europa moderna es, sobre todo, la constitución de un tipo de sociedad y de gobierno que, acomodándose a las estructuras feudales, manifiesta notables diferencias y sufre una evolución específica. El punto de partida de esta evolución se sitúa en el siglo XI y condujo al final, o al menos a una limitación considerable, del dominio sobre la ciudad ejercido por los obispos que habían acaparado funciones civiles, y de condes que habían impuesto en mayor o menor medida los emperadores. A menudo, por lo demás, los propios obispos desempeñaban oficialmente las funciones de conde. Las rebeliones fueron casi todas pacíficas, si bien en algunos casos se manifestaron a través de la violencia, como sucedió en 1116 con el asesinato a manos del populacho sublevado del conde-obispo de Laón. Casi siempre los señores concedían a los ciudadanos privilegios en forma de usos y exenciones. Lo que a menudo esos ciudadanos reclamaban sin siempre obtenerlo era una forma de autogobierno llamada comuna. La historiografía tradicional ha forjado el mito de un movimiento comunal mientras que, salvo en Italia, los ciudadanos rara vez obtuvieron esta forma de cuasi-independencia. En cambio, los «usos» de Lorris, en 1155, sirvieron de modelo a numerosas ciudades del dominio real francés. El conde de Toulouse concedió «libertades» a sus habitantes en 1147, y la elección de cónsules a los nimeses en 1198; el arzobispo de Arlés aceptó un consulado y una constitución municipal para la ciudad en 1142 y 1155; en Inglaterra, Enrique I concedió usos a Newcastle-upon-Tyne entre 1100 y 1135; Enrique II concedió un privilegio real a Londres en 1155, y una Carta a Dublín en 1171-1172; en Italia, el emperador Federico Barbarroja, vencido por las ciudades de la Liga lombarda, tuvo que reconocerles libertades en la paz de Constanza en 1183. El rey de Aragón concedió a los habitantes de Barcelona la exención de toda tasa sobre las mercancías en 1232.

Este gobierno de los ciudadanos por sí mismos dejó, entre otras, dos huellas profundas y de larga duración en las ciudades europeas. La primera es el recurso a los juristas, es decir, a hombres de leyes, la mayoría de los cuales carecía de una cultura jurídica importante, que no adquirirán hasta más tarde en las universidades, aunque sí recibieron una formación teórica y práctica en escuelas urbanas muy próximas a los problemas cotidianos de la gente de la ciudad. Es cierto

que este movimiento engendraría una Europa de los pleitos y de la burocracia, pero trasladará a las costumbres las aplicaciones del gran movimiento jurídico que transformó profundamente el derecho en el ámbito de cristiandad durante los siglos XII y XIII con una combinación de renovación del derecho romano, de elaboración del derecho canónico (reservándose los importantes terrenos de la usura y el matrimonio) y de traslado por escrito de las costumbres feudales transmitidas por vía oral.

La segunda huella es la del «impuesto». En la Edad Media los cánones gravaban a hombres y mujeres de manera distinta. Estaban los cánones que afectaban exclusivamente a los campesinos. Eran imposiciones estrictamente feudales. Existían, aunque no aparecieron hasta apenas el siglo XIII, los impuestos recaudados por las monarquías que estaban constituyéndose en Estados modernos; y esos impuestos reales, que hoy llamaríamos estatales, muy pronto provocaron entre los habitantes de las ciudades feroces oposiciones que todavía perviven. Por último, la capa más importante de imposiciones fue la de cánones instituidos y recaudados por las ciudades entre los cuales los principales fueron las *tailles* [cortes]. Fue esencialmente en la ciudad donde se configuró una Europa del impuesto. Un impuesto que estaba destinado a financiar obras que nosotros llamaríamos de utilidad pública y que, efectivamente, en el siglo XII, remitían a las doctrinas escolásticas que defendían la búsqueda del bien común. Por desgracia, este mundo del impuesto fue también muy pronto el de la desigualdad y la injusticia.

La época de la igualdad de los ciudadanos vinculados por un juramento entre iguales, lo que debía ser precisamente el juramento de comuna, suponiendo que haya existido, fue de breve duración. Las desigualdades más o menos acusadas pronto marcaron a la sociedad urbana más o menos autónoma. Se formó, por lo tanto, el grupo de lo que nosotros llamamos hoy los notables o las élites urbanas. Los miembros de dichas élites se distinguían cada vez más por su fortuna, constituida por bienes muebles e inmuebles, por dinero líquido o, a semejanza de las iglesias, estaba invertida en obras de metal precioso. La jerarquía urbana también se hacía eco de la antigüedad de la fama familiar. Aunque no se trataba de linajes señoriales, se constituyeron genealogías burguesas, y ciudadanos con pocos recursos pero descendientes de un antepasado que hubiera dejado tras de sí nombre y reputación podían ser miembros de las élites. Por último, había algunos oficios, al margen incluso de los beneficios que pudieran reportar a quienes los practicaban, que les valían esta consideración. Junto con el dinero procedente de los negocios, el honor de una profesión podía derivar de un saber jurídico y de funciones que la ponían al servicio de la ciudad y de los burgueses. En este mundo de profesiones fundadas en una actividad artesanal o comercial o en la práctica jurídica, el antiguo sistema de valoración de los oficios evolucionó de manera significativa. El número de oficios considerados ilícitos, y por esta razón condenados por la Iglesia, disminuyó. Así sucedió con el oficio de posadero que, considerado vil desde la Antigüedad, fue rehabilitado. Finalmente sólo la usura y la prostitución quedaron en la lista de condenados absolutamente; y también la usura, como veremos, se redujo rápidamente a prácticas limi-

tadas y de importancia secundaria, como el préstamo al consumo que esencialmente era practicado por los judíos. E incluso la prostitución llegó a estar tolerada, cuando no estimulada.

La Iglesia admitía la prostitución como resultado del pecado original y de la debilidad de la carne humana. Además, el que Georges Duby llamó el «macho» de la Edad Media se sentía menos escandalizado que en otras sociedades por una práctica que iba en favor de los hombres y en detrimento de las mujeres. El piadoso y rigorista san Luis quiso erradicar la prostitución de su reino y en particular de su capital, París, en el siglo XIII. Su entorno, incluido el obispo de París, le hizo comprender que la suya sería no solamente una empresa vana sino contraria al orden social. La prostitución fue un modo de controlar los excesos en un mundo donde abundaban los solteros, clérigos o jóvenes privados de mujer. La Iglesia se esforzó, en cualquier caso, por humanizar y evangelizar el mundo de las prostitutas mayores o arrepentidas. A partir del siglo XII, casarse con una prostituta se consideró una obra meritoria. La Iglesia fundó la orden femenina de María Magdalena cuyos monasterios acogían a las prostitutas. En relación a la prostitución parece ser que los comportamientos difirieron entre Europa del norte y la Europa meridional. En las ciudades del norte, la tolerancia en relación a las «chiquillas» y a los chulos era grande. Pero en determinadas ciudades se les imponía que llevaran ropas especiales y se les prohibía usar el mismo tipo de cinturones y joyas que las mujeres burguesas. En la cristiandad meridional la tolerancia era aún mayor pues los propios municipios mantenían los lupanares y extraían beneficio de los alquileres, rentas y enmiendas. Con el desarrollo del artesanado, la multiplicación de «obreros» pobres se reflejó en un aumento de la prostitución. Algunos oficios, sin ser tachados de ilícitos, se consideraron sospechosos, en particular los servicios de baños turcos, las casas de baños, que respondían a las necesidades de los hombres de la Edad Media preocupados por la limpieza pero que empleaban a mujeres que, como hoy las masajistas en determinados países, eran también prostitutas. El movimiento de tolerancia, ligado a la evolución de las sociedades urbanas, llevó a algunos canónigos del siglo XIII a legitimar la prostitución en determinadas condiciones. Debía practicarse por razones de pobreza y como medio de vida y no por placer. Las prostitutas muy jóvenes no debían utilizar un maquillaje excesivo para llevar a engaño. La prostitución se incluía progresivamente en la reglamentación habitual de los oficios. Así nació una Europa de la prostitución, un asunto polémico todavía hoy.

La jerarquía de los oficios urbanos

La desigualdad dentro de la sociedad urbana se manifestó sobre todo en el terreno de los oficios que aseguraron poco a poco el aspecto esencial del poder en la ciudad. En Italia, donde la organización profesional fue más fuerte, se estableció una separación importante entre las «artes mayores» y las «artes menores» (el latín *ars* designaba un oficio). En Florencia, donde el sistema estuvo

más perfeccionado, se distinguen no solamente once artes mayores que agrupaban a los ricos comerciantes y a numerosas artes menores formadas por los artesanos, aunque la preeminencia estuvo reservada a las cinco primeras de las once artes mayores que incluían a los únicos hombres de negocios con un radio de acción internacional: las artes de Calimala, es decir, a los grandes importadores y exportadores del cambio de la lana, de Por Santa María, la seda, médicos abaceros y merceros reunidos en un solo «arte» que comerciaban con todos los productos llamados especias, cuyo número llegaba a 288 tipos diferentes según un manual de la época. Las élites urbanas formaron lo que, con un término bastante discutido, se ha llamado el «patriciado». Lo que es seguro es que los más ricos y poderosos entre esos notables dominaron las ciudades medievales, y eran los comerciantes. Conviene no olvidar, sin embargo, que en el origen de la fortuna de las ciudades medievales estuvo no sólo el comercio sino la industria. El fenómeno resulta particularmente nítido en otra región de Europa que fue junto con la Italia del norte y del centro el gran territorio de desarrollo urbano medieval, Flandes. Al plantear la cuestión: ¿«comerciante o tejedor»? el historiador belga Charles Verlinden afirma: «La industria es la causa primera de la transformación demográfica que tiene por consecuencia el nacimiento y desarrollo de las ciudades flamencas. El comercio nació de la industria y no al contrario».

La industria es la fábrica de paños. Una Europa del textil engendró una Europa de los comerciantes. Pero antes de hablar de los comerciantes, hay que destacar una vez más la ciudad medieval que fue el agente esencial de la dinámica de Europa.

La ciudad europea, ¿Jerusalén o Babilonia?

En la Edad Media el imaginario, siempre en forma simbólica, tuvo un papel esencial, y sería en el interior del imaginario bíblico donde se libraría en el siglo XII la lucha en favor o en contra de la ciudad. Dos declaraciones ejemplares pueden resumirla. Cuando el mundo de los maestros y de los estudiantes a los que nos referiremos más adelante pobló en un número creciente París, san Bernardo, adalid de la cultura monástica en soledad, fue a París para clamar ante maestros y estudiantes desde la montaña Santa Genoveva: «Huid del ambiente de Babilonia, huid y salvad vuestras almas, volad juntos hacia las ciudades de refugio, a los monasterios». Algunas décadas más tarde, por el contrario, el abad Felipe de Harvengt escribía a un joven discípulo: «Movido por el amor a la ciencia, aquí estás en París y has encontrado esta Jerusalén que tantos desean». En el siglo XIII, la ciudad de Jerusalén expulsaba a la ciudad de Babilonia, aun cuando a finales de la Edad Media las taras urbanas reaparecerían.

¿Ciudad y democracia?

Entre esas taras, la desigualdad social es una de las más ostensibles. Al pueblo «pudiente», el de los comerciantes y miembros de las artes mayores, se opone el pueblo de los «humildes». Los «pudientes» constituyen los consejos que gobiernan la ciudad bajo la dirección de los cónsules, en la Europa meridional, y de los regidores en la Europa septentrional. Sin embargo, la ciudad medieval no solamente era un centro de desarrollo económico que, gracias a su artesanado, a sus mercados y a sus bancos de cambistas que se convertirían en banqueros, anima el impulso económico de Europa, sino que además desde el punto de vista social esboza un modelo de democracia, a pesar del incremento de los humildes, y sobre todo de los pobres, cuyo número no deja de crecer. Pero, como bien dijo Roberto López, comparando la ciudad medieval europea con distintos ejemplos de ciudad —con la ciudad bizantina, prolongación de la ciudad antigua, con la ciudad musulmana, que nunca supo encontrar una unidad frente a la *umma*, la comunidad de los fieles que desbordaba las ciudades, y frente a la ciudad china que carece de centro, de personalidad y autonomía—, la «experiencia urbana europea fue, en su conjunto, más intensa, más diversificada, más revolucionaria, y, atrevámonos a decirlo, más democrática que en ningún otro lugar». Esta ciudad europea fue la señal del progreso histórico en toda Europa. El nacimiento y desarrollo de las ciudades a partir de núcleos urbanos ligados bien al poder señorial (burgos), o bien a una actividad comercial primitiva (el modelo es el *grod* en Polonia y en los países eslavos) se extendieron por toda la cristiandad europea y fueron su marca y su motor. Es verdad para los países celtas, los países germánicos, los países escandinavos, los países húngaros y eslavos. Y el peso de esos territorios, paulatinamente integrados en Europa, dependió en gran medida del peso de las ciudades. La urbanización fue menos potente, hubo menos grandes ciudades y fueron menos fuertes en dirección hacia el este y el norte de Europa, pero la urbanización como fenómeno de crecimiento y de poder fue un proceso generalizado. Y solamente Islandia y Frisia escaparon a este florecimiento urbano.

Definición de la ciudad y del ciudadano en la Europa medieval

Tomo prestado de dos historiadores franceses una definición de la ciudad europea medieval y del ciudadano medieval.

Según Jacques Rossiaud, «la ciudad medieval es en primer lugar una sociedad profusa, concentrada en un espacio reducido en mitad de vastas extensiones débilmente pobladas. Es a continuación un lugar de producción y de intercambios, donde conviven la artesanía y el comercio alimentados por una economía monetaria. Es también el centro de un sistema de valores particular de donde emerge la práctica laboriosa y creadora del trabajo, la afición al negocio y al dinero, la inclinación al lujo y el sentido de la belleza. Es además un sistema de organización de un espacio cerrado por murallas al que se entra a través de puertas y se camina por calles y plazas, y está erizado de torres. Pero es también un organis-

mo social y político basado en la vecindad, donde los más ricos no se constituyen en jerarquía sino que forman un grupo de iguales —sentados uno al lado del otro— para gobernar sobre una masa unánime y solidaria. Frente al tiempo tradicional, enmarcado y escandido por las campanadas regulares de la Iglesia, esta sociedad laica urbana conquistó un tiempo comunitario que las campanas laicas marcan en la irregularidad de sus llamamientos a la revuelta, a la defensa, a la ayuda».

Añadiré que, mejor que de urbanismo, yo prefiero hablar de una estética urbana medieval, de una construcción de la ciudad como obra de arte.

Esta imagen de la ciudad medieval está sin duda algo idealizada en lo que se refiere a la visión de una sociedad igualitaria. Ya hemos visto que se formaba una élite dominante que imparte justicia, sobre todo en el terreno de la fiscalidad y que aplasta a una masa, que crece sin cesar, de pobres. Es la Europa de la miseria urbana. Pero es verdad que el modelo burgués es —en el ideal— igualitario y apunta en todo caso a una jerarquía horizontal y no vertical, en la sociedad rural y señorial. En este mundo solamente el mito de la Tabla Redonda hizo soñar a un grupo de iguales alrededor de una mesa que abolía las jerarquías, con la excepción de un jefe, el rey Arturo. Pero es un sueño de igualdad aristocrática. La igualdad burguesa es un principio violado en la realidad, aunque es el fundamento teórico de una igualdad que hacía juego con el único modelo medieval igualitario: la comunidad monástica en la que cada monje a capítulo tiene voto similar, materializado en un haba blanca o negra, por el sí o por el no.

De nuevo recorro a Jacques Rossiaud y a Maurice Lombard para trazar un retrato del ciudadano.

Si existe «un hombre medieval», uno de sus principales tipos es el ciudadano. «¿Qué tienen en común», se pregunta Rossiaud, «el mendigo y el burgués, el canónigo y la prostituta, siendo todos ellos ciudadanos? ¿Entre el habitante de Florencia y el de Montbrison? ¿Entre el neociudadano de las primeras etapas y su descendiente del siglo XV? Si sus condiciones son diferentes, como sus mentalidades, el canónigo se cruza a la fuerza con la prostituta, el mendigo y el burgués. Ni unos ni otros pueden ignorarse y se integran en un mismo pequeño universo de población densa que impone formas de sociabilidad desconocidas en los pueblos, una manera de vivir específica, el uso cotidiano de los dineros (la calderilla) y, a algunos, una obligatoria abertura al mundo».

En este comerciante-ciudadano medieval, Maurice Lombard ve también a «un hombre de la red que liga los diferentes centros entre sí, un hombre abierto al exterior, receptivo a las influencias llegadas por las carreteras que conducen a su ciudad y que proceden de otras ciudades, un hombre que, gracias a esta abertura y a estas aportaciones continuas, crea o al menos desarrolla, enriquece sus funciones psicológicas y en cierto sentido adquiere por confrontación conciencia más nítida de su yo...».

El ciudadano es el beneficiario de una cultura comunitaria, forjada por la escuela, la plaza pública, la taberna, el teatro (primero renace en los monasterios y en las iglesias, luego a partir del siglo XIII en las plazas de las ciudades, como *El Juego de la Enramada* de Adam de la Halle representado en Arras en 1288) y la predicación.

La ciudad también contribuyó a la emancipación de la pareja y del individuo. La estructura familiar evoluciona en función de la evolución de la dote que, en el medio urbano, se constituye esencialmente con bienes muebles y dinero. La ciudad es una persona, formada por personas a las cuales moldea. La Europa urbana conserva aún algunos de sus rasgos fundamentales.

2. El éxito comercial. La Europa de los comerciantes

Este siglo de las ciudades, el siglo XIII, está también, por otro lado, estrechamente ligado al desarrollo urbano, el siglo del despertar y desarrollo comercial.

a) Comerciante italiano y comerciante hanseático

La recuperación y el desarrollo del gran comercio en los siglos XII y XIII se inscriben en lo que se llamó, no sin alguna exageración, una «revolución comercial». En la cristiandad reina una paz relativa. Detrás del episodio militar de las cruzadas, que no es más que una fachada épica fuera de Europa, se intensificó en el ámbito de la cristiandad un comercio pacífico. Se individualizan tres grandes focos donde la actividad comercial de Europa tiende a concentrarse. Siendo los dos polos del comercio internacional el Mediterráneo y el norte, será en el avance de la cristiandad hacia esos dos centros de atracción, musulmán al sur, eslavo-escandinavo al norte, donde se constituirán dos franjas de poderosas ciudades comerciales. En Italia y, en menor medida, en la Provenza y en España, y en la Alemania del norte. Ello explica la preeminencia de los dos comerciantes, el italiano y el hanseático. Pero entre estos dos dominios se estableció una zona de contactos cuya originalidad consiste en que a su función de intercambios entre ambas áreas comerciales añade muy pronto una función productiva industrial. Es la Europa del noroeste: Inglaterra del sureste, Normandía, Flandes, Champaña, la región del Mosa y bajo-renana. Es el gran centro de la fabricación de paños, la única región de la Europa medieval, junto con la Italia del norte y del centro, sobre la que cabe hablar de industria.

b) El comerciante europeo itinerante

El comerciante europeo medieval es en primer lugar un comerciante itinerante, obstaculizado por el mal estado de las carreteras, los defectuosos medios de transporte de mercancías, la inseguridad y, tal vez por encima de todo ello, por las tasas, los derechos y peajes de todo tipo, recaudados por un sinnúmero de señores, ciudades, comunidades, al paso de un puente, de un vado o por el simple tránsito sobre sus tierras. El único progreso notable de este comercio terrestre en los siglos XII y XIII es la construcción de un gran número de puentes sobre los ríos. Una obra especialmente importante y audaz fue la construcción en 1237 del pri-

mer puente suspendido que abrió por el Gotardo la vía más corta entre Alemania e Italia. Sin embargo, las vías comerciales preferidas fueron las vías de agua, fluviales y marítimas. Las dos vías fluviales más importantes fueron las del Po y sus afluentes y la vía rodona prolongada hacia el Mosela y el Meusa. Por último, la red de los ríos flamencos quedó completada, a partir del siglo XII, gracias a toda una red artificial de canales o *vaarten*, y de esclusas o *overdraghés*, que es a la revolución comercial del siglo XIII lo que para la revolución industrial del siglo XVIII supuso la red de canales ingleses. El transporte medieval esencial fue el marítimo, a pesar del miedo a ese mundo de monstruos bíblicos y naufragios (san Pablo fue un gran náufrago), de ser un símbolo de peligro y de tribulaciones (se imagina y se representa la nave de la Iglesia azotada por las olas), el mar fue fuente de inspiración para los hombres de la Edad Media. En medio de estos miedos, en la Edad Media nace una Europa del mar. Los progresos en este terreno fueron lentos pero decisivos. Aumentó la capacidad de los navíos que en las flotas italianas y sobre todo venecianas alcanzan un arqueo de un millón de toneladas. Los progresos del siglo XIII se debieron a la difusión del gobernalle de codeste, de la vela latina, de la brújula y de la cartografía. Pero este comercio siguió siendo lento; su principal mérito consistió en un coste infinitamente más bajo que el realizado por tierra.

c) Las ferias de Champaña

A finales del siglo XII y en el siglo XIII el gran acontecimiento comercial que manifestó los progresos de la revolución mercantil y el carácter europeo de esta revolución fue el desarrollo de las ferias de Champaña. Estas ferias se celebraban en Lagny, Bar-sur-Aube, Provins y Troyes, y se sucedían a lo largo de todo el año: entre enero y febrero, en Lagny; entre marzo y abril en Bar; en Provins, la feria de Mayo se celebraba entre mayo y junio; la feria de san Juan en Troyes, entre julio y agosto; y de nuevo en Provins, la feria de Saint Ayoul tenía lugar entre septiembre y noviembre. Y por último, nuevamente en Troyes, la feria de Saint-Remi entre noviembre y diciembre. De este modo existía un mercado casi permanente del mundo occidental en Champaña. Los comerciantes y los habitantes de las ciudades donde se celebraban las ferias gozaban de privilegios importantes y el éxito de esas ferias estaba íntimamente ligado al aumento del poder de los condes de Champaña y al liberalismo de su política. Salvoconductos, exenciones de tasas, *tonlieux*,¹ banalidades,² institución de una policía de ferias que controlaba la legalidad y buen proceder de las transacciones, que garantizaban estas operaciones comerciales y financieras. Muy a menudo, los funcionarios especiales y los guardas de ferias, quienes garantizaban dichas funciones públicas,

1. Tonlieu: derecho pagado por los comerciantes para instalar sus productos en las ferias y mercados. (*N. de la t.*)

2. Otro derecho feudal. (*N. de la t.*)

eran comerciantes, y a partir de 1284 también los funcionarios reales. De las ferias de Champaña se ha podido decir que desempeñaron «el papel de un *clearing-house* embrionario», pues se había extendido la costumbre de pagar las deudas por compensación. Podemos observar con este ejemplo que la economía comercial sólo puede desarrollarse con la ayuda y bajo el control de poderes políticos. En los siglos XII y XIII, la actividad comercial se organizó alrededor de contratos y de asociaciones, aunque estas asociaciones generalmente sólo eran válidas para una serie limitada de contratos y durante un período limitado. Hubo que esperar a finales de siglo para que aparecieran verdaderas casas comerciales.

Problemas monetarios

Este comercio internacional necesitaba de un instrumento monetario más poderoso y con mejor difusión que las numerosas monedas feudales. El besante bizantino desempeñó ese papel hasta el siglo XII, pero quedó obsoleto cuando el comercio europeo se desarrolló más. Occidente recuperó entonces la acuñación de oro que Carlomagno había abandonado. Aunque Francia acuña a partir de 1266 escudos de oro, son las grandes ciudades comerciales italianas las que se colocan a la cabeza del movimiento. A partir de 1252, Génova acuña regularmente los dinares de oro, y Florencia hace lo propio con sus florines. A partir de 1284, Venecia acuña sus ducados de oro. A pesar del prestigio y del amplio uso de florines y ducados, la variedad de monedas seguirá siendo uno de los principales cuellos de botella de la economía medieval. El sistema feudal se caracterizaba por la fragmentación, hecho que afectó a la circulación monetaria, y la ausencia, si no de una moneda única, al menos sí de un reducido número de monedas de uso internacional, lo que limitó la prosperidad de la Europa comercial medieval.

La Europa de los comerciantes

A medida que el comerciante itinerante fue ocupando el lugar del comerciante sedentario, recurrió en sus negocios a la mediación de un conjunto de contables, comisionarios, representantes y empleados, a los que llamamos *factores*, que se establecieron en el extranjero, donde recibían y ejecutaban las órdenes de los patronos sedentarios. Con ello se diversificó la clase de los comerciantes. Podemos, tal y como ha hecho Raymond de Roover en referencia a Brujas, distinguir a unos prestamistas, a menudo llamados lombardos (es decir, italianos) o cahorsinos (Italia y la ciudad de Cahors son los lugares primitivos más famosos de préstamo internacional) que son prestamistas a comisión de un nivel superior a los prestamistas judíos al consumo, cambistas que efectuaban la operación financiera más frecuente en la Edad Media dada la variedad de monedas, por último, los cambistas que son comerciantes banqueros. Los cambistas han añadido a sus antiguas funciones la aceptación de depósitos y de reinversiones por préstamo. Ha nacido la Europa de la banca.

Como ya hemos visto, el mundo de los comerciantes es esencialmente el mundo urbano, si bien, aunque los comerciantes miembros de lo que se denomina, sobre todo en Italia, «pueblo», se dividen esencialmente en dos niveles de riqueza y de poder, esas realidades sociales no se confunden y son más importantes que las distinciones jurídicas. El derecho de burguesía, aunque comporta privilegios y se reduce a un pequeño número de personas, no tiene tanto peso en las realidades económica, social y política urbanas, como las diferencias de fortuna y de rango económico y político. Yves Renouard afirmó con razón: «Lo que la dominación política de los hombres de negocios estableció fue justamente un régimen de clase». La dominación de los comerciantes se manifiesta de múltiples maneras. Se aprovechan de la difusión del asalariado entre los obreros artesanos y de la industria, y dominan el mercado de trabajo mediante la fijación de los salarios. También controlan el mercado de alojamiento, pues ellos son quienes asignan las obras y son además propietarios de inmuebles. Por último, conservan su poder y mantienen la desigualdad social a través de la desigualdad de lo que nosotros llamaríamos impuestos, siendo el principal la *taille*, fijada por los consejos, donde los comerciantes son la fuerza dominante. Un texto famoso de la segunda mitad del siglo XIII, el del jurista Beaumanoir, sobre las costumbres del Beauvaisis, expresa con elocuencia las raíces de esta Europa urbana de la desigualdad: «muchas reclamaciones se elevan en las ciudades de comuna en relación a la *taille*, pues con frecuencia sucede que la gente rica que gobierna los negocios de la ciudad declaran menos de lo que deben, ellos y su familia, y hacen que otras personas ricas se beneficien de las mismas ventajas, y así todo el peso recae sobre el conjunto de la gente pobre». El fraude fiscal fue de tal calibre que no dejaron de estallar escándalos como el de Arras, donde un miembro de la célebre familia de banqueros Crespis «olvidó» declarar 20.000 libras de beneficios. La Europa del fraude fiscal ya se había puesto en marcha.

Justificación del dinero

Al principio, y todavía en el siglo XII, cualquier comerciante era en alguna medida un usurero y estaba así condenado por la Iglesia; pero cuando la usura quedó prácticamente confinada en manos de los judíos y el poder de los comerciantes aumentó, la Iglesia acabó por justificar los beneficios de los comerciantes y trazó una frontera bastante más tenue entre las ganancias lícitas y las ilícitas. Algunas justificaciones se vincularon con las técnicas propias del comercio. La Iglesia concedió la percepción de una indemnización a los comerciantes que sufrían un retraso o un perjuicio en relación a su actividad. La función comercial introdujo en la mentalidad y en la ética europeas las nociones de azar, de riesgo e incertidumbre. Posiblemente, como veremos algo más adelante, la legitimación del beneficio del comerciante se hizo al tener en cuenta que ese beneficio era el salario de un trabajo. Y en este sentido, la noción de bien común y de utilidad común que la escolástica y la prédica habían contribuido a difundir también se aplicó a los comerciantes. Así, en el siglo XIII, el canónigo Burchard de

Estrasburgo declaró: «Los comerciantes trabajan en beneficio de todos y sus obras son de utilidad pública al traer y llevarse las mercancías a las ferias».

Desde principios del siglo XIII, en su manual de confesión, el inglés Thomas de Cobham afirmaba: «Muchos países sufrirían una gran indigencia si los comerciantes no llevaran lo que sobra en un lugar a otro donde esas mismas cosas faltan. De este modo, pueden con razón percibir el precio de su trabajo. En consecuencia, el gran comercio internacional es desde ahora una necesidad querida por Dios, entra en el plan de la Providencia».

El prestigio y el poder crecientes de los comerciantes llevaron a grandes cambios en las mentalidades europeas. Como dijo Michel Mollat, el dinero se convirtió, a través del comerciante, en «el fundamento de una sociedad». Sin embargo, el comerciante no se opuso sistemáticamente a los valores señoriales sino que buscó, viviendo a la manera de los nobles, hacerse pasar él mismo por noble, lo cual consiguió en más de una ocasión. También, con la adquisición de tierras y la obtención de los ingresos que le reportaban la explotación de las tierras y los campesinos, pudo adquirir esa base fundamental de poder en la Edad Media que era la tierra.

La evolución de las prácticas religiosas, de la que volveremos a hablar, proporcionó a los comerciantes otras justificaciones. Practicaron generosamente lo que la Iglesia llamó las obras de misericordia y en particular la limosna. La construcción de los primeros hospitales urbanos, como el de Santa María de la Scala en Siena, fue en gran medida obra suya. Por otra parte, con la introducción de una devoción a las almas del purgatorio y al instituir la creencia en esta antecámara del paraíso donde se purgaban los pecados que la confesión no había lavado, pudo esperar la salvación que la Iglesia negó a todos los usureros hasta el siglo XIII. Un texto del cisterciense alemán Cesario de Heisterban cuenta la historia de un usurero de Lieja al que la devoción de su viuda llevó hasta el purgatorio y luego al paraíso.

Particularmente interesante es el mecenazgo que la mayoría de los comerciantes practicaba a partir del siglo XIII. La construcción de iglesias y, sobre todo, la remuneración de artistas para adornarlas (en torno a 1300, el primer artista «moderno», Giotto, fue pródigamente remunerado por grandes burgueses florentinos comanditarios), fue una muestra de devoción con respecto a la ciudad donde se habían instalado. Ellos fueron también, al parecer, mayoritariamente entre los hombres de la Edad Media, a quienes alcanzó antes y de forma más intensa, el sentido de la belleza. Ahí se produjo la inesperada alianza del dinero y la belleza.

Por último, la evolución de las técnicas comerciales y, en particular, el papel cada vez mayor de las «escrituras» en el oficio de los comerciantes banqueros, favoreció entre éstos, el desarrollo de lo que se llamó una cultura intelectual del comerciante. Esta demanda cultural condujo a la creación de escuelas secundarias urbanas como las que se vieron en Gante ya en 1179. Supuso un impulso de la laicización de la cultura a través de la promoción y la difusión de la escritura, del cálculo, de la geografía y de las lenguas vivas. Un genovés aconsejaba al comerciante del siglo XIII: «Siempre debes acordarte de poner por escrito todo

lo que haces. Escríbelo enseguida antes de que se haya ido de tu mente». Y un florentino dirá en el siglo siguiente: «No debemos ser perezosos en escribir». En el terreno del cálculo, existe una obra ejemplar: el *Tratado del ábaco* (*Liber abacci*), publicado en 1202 por Leonardo Fibonnacci, un pisano cuyo padre era oficial de aduanas de la República de Venecia en Bujía (Bougie, en África del norte). Sería en el mundo cristiano-musulmán del comercio en Bujía, en Egipto, en Siria, en Sicilia, adonde viajó por negocios, donde pudo iniciarse en las matemáticas que los árabes habían tomado de los hindúes. Fibonnacci introdujo el uso de las cifras árabes y del cero, una innovación capital de la numeración por posición, además de operaciones con fracciones y el cálculo proporcional.

A finales del siglo XIII, los comerciantes obtuvieron dos bienes fundamentales que hasta entonces se excluían recíprocamente. Un bien material y uno espiritual. Antes ganaban dinero, pero al hacerlo se condenaban, como vimos en la cultura románica en el detalle de la bolsa que el comerciante llevaba al cuello y que le arrastraba haciéndole caer en el infierno. A partir de ahora, podía guardar su dinero, y después de haber estado hundido en un purgatorio más o menos largo, subir al paraíso. Había conciliado «la bolsa y la vida».

Italianos y hanseáticos

En el siglo XIII, dos pueblos dominan el mundo de los comerciantes. Los italianos al sur, en el área mediterránea, los alemanes al norte, desde las Islas Británicas y Flandes hasta el mar Báltico. Mientras los italianos son impresionantes por su presencia en el mundo bizantino y sobre las franjas del mundo musulmán, así como por su actividad creciente en Flandes, no hay duda que la expansión comercial más impresionante es la de los comerciantes hanseáticos. Ellos son los herederos de los comerciantes de la Alta Edad Media, frisonos, luego flamencos, pero con mayor dinamismo y mayor cantidad de mercancías. Tiel, en el delta del Rin, cedió en el siglo XII su lugar a Utrecht, frecuentado además de por los flamencos y los frisonos, por los renanos, los sajones, los daneses y los noruegos. Brujas se había convertido en el centro comercial más importante de los Países Bajos. Los comerciantes importaban y reexportaban el vino del Rin, gran competidor del vino francés en Europa, artículos metálicos, piedras preciosas, ropas de lujo hasta Constantinopla, armaduras de Mayence. El desarrollo más espectacular fue el de los comerciantes en Colonia, que traficaban tanto hacia las Islas Británicas, al oeste, como hacia Dinamarca, al este. Su éxito fue especialmente importante en Inglaterra, donde obtuvieron, como muy tarde en 1130, el derecho a residir en Londres y en la capital británica adquirieron una casa sobre el Támesis, puente arriba del de Londres, la Gildhall, que convirtieron en su centro de negocios. En 1157, el rey Enrique II concedió protección especial a los colonenses. Al noreste, el comercio en el Báltico estaba en manos de los marinos campesinos de Gotland, donde hicieron la fortuna de Novgorod en Rusia. Algunos comerciantes rusos destacaron también en el Báltico y en Dinamarca,

donde coincidían además con prusianos y estonios o alemanes. El paisaje comercial cambió con el desarrollo de las ciudades. El nacimiento y desarrollo de la Hansa Germánica estaban estrechamente ligados al movimiento urbano.

Philippe Dollinger ha explicado perfectamente el proceso que condujo a la consolidación, bajo el impulso de los comerciantes, de las ciudades hanseáticas en el siglo XIII. Aquí tenemos el esquema general: «Crecimiento de la población de ciertas aglomeraciones favorablemente situadas, por la emigración de artesanos rurales y por el establecimiento permanente de comerciantes; reunión, dentro de un mismo recinto fortificado, de un barrio comercial —llamado *wiek* en Alemania del norte— y de un centro administrativo, eclesiástico o laico, más antiguo; formación de un derecho uniforme y particular en la ciudad, atento a las cuestiones de raíces y comerciales; creación de la comunidad de burgueses a menudo bajo juramento; influencia preponderante de los comerciantes en esta comunidad, a veces agrupados en una guilda; monopolio de la dirección de la ciudad (*cit e*) por las familias más ricas; autonomía creciente de la ciudad con respecto al señor del lugar; y, por último, desarrollo de los órganos administrativos en manos de los burgueses». El Consejo (*Rat*) se convirtió a finales del siglo XII en la asamblea dirigente de la ciudad ahora constituida. Dentro de este proceso hay que subrayar la importancia de la formación de un derecho urbano cuyas estipulaciones fueron redactadas en lo esencial a partir del siglo XIII. Entre los modelos jurídicos con mayor influencia hay que notar el derecho de Dortmund, que siguió siendo la «corte superior» para las apelaciones y jurisprudencia de las ciudades westfalienses, el derecho de Goslar, en Sajonia, y sobre todo el derecho de Madburgo, que se convirtió en la Europa del Este, incluido en Polonia y en los países eslavos, en el «derecho alemán».

El gran acontecimiento fue la fundación en 1159 por el conde de Holstein, Adolfo II de Schauenbourg, vasallo del duque de Sajonia Enrique el León, de la ciudad de Lubeck, cuya construcción y gobierno confi o a un «consorcio de empresarios» (Fritz R rig). Lubeck se convertir a en la cabeza del imperio urbano y comercial llamado la Hansa. Hasta mediados del siglo XIII, los comerciantes alemanes de Lubeck compitieron por la prosperidad de los comerciantes de Gotlandia, donde se establecieron en gran número. La expansión de Visby, ciudad dominante de Gotland, fue fulgurante y efímera. A mediados del siglo XIII, Visby fue cercada por un muro de piedra de una longitud de 11.200 pies, que encerraban un espacio al menos igual al de Lubeck. Las ruinas de dieciocho iglesias medievales, la mayor de las cuales, Sainte-Marie-des-Allemands, construida entre 1190 y 1225, era la iglesia parroquial de la comunidad alemana, dan fe todavía hoy de esta Europa nórdica del comercio que tuvo en Visby por breve tiempo su capital. Lubeck sustituyó y superó a Visby en este papel. Gracias a la construcción de un gran número de barcos comerciales capaces de rivalizar con las galeras italianas, las *kogge* de tonelaje superior, dominó una poderosa red marítima y comercial que se apoyaba en nuevas ciudades como Rostock, Stralsund, Stettin sobre el Oder, una ciudad eslava agrandada por los barrios alemanes, Dantzig (Gdansk) en el V stula, Elbing en Prusia (hoy Elblong, en Polonia), en cuyo sello de principios del siglo XIII aparece la imagen más antigua del gobernante de co-

deste. Coordin o sus actividades con el esfuerzo de conversión y de conquista de una nueva orden militar alemana, los caballeros teutones, activos en Prusia.

Los lubeckenses y, de manera más general, los comerciantes alemanes del norte favorecer an la fundación en Suecia de Kalmar y sobre todo, hacia 1250, de Estocolmo, y de Bergen en Noruega. La expansión comercial de los lubeckenses y de los hanseáticos se dirigió también hacia el oeste. En Inglaterra, los lubeckenses y otros comerciantes del este empezaron a frecuentar los puertos ingleses: Yarmouth, Lynn, Hull, Boston, y por último Londres. El rey de Inglaterra Enrique III reconoció, en 1266, a los comerciantes de Hamburgo y en 1267 a los de Lubeck, el derecho a formar una asociación o *hansa*, según el modelo de la hansa de los colonienses. Fue entonces cuando apareció por primera vez el término de hansa.

Los comerciantes alemanes obtuvieron también una serie de privilegios de la condesa de Flandes, en 1252 y 1253. El desarrollo del comercio hanseático iba a experimentar un progreso constante hasta 1356, fecha de la primera dieta general y de la formación definitiva de la hansa de las ciudades.

En paralelo a la expansión hanse tica se afirmaba la prosperidad de Brujas «que se estaba convirtiendo en el mercado mundial de Occidente» (Philippe Dollinger). Brujas acogía a comerciantes de todas las nacionalidades: ingleses, escoceses, irlandeses que traían la lana para la industria pa nera, holandeses y frisonos que vendían su ganado; mientras los comerciantes de la costa franco-inglesa del Atlántico, de La Rochelle a Bayona, su vino. Los españoles y portugueses traían también la lana y los frutos del sur.

Prescindiendo más o menos de las ferias de Champaña, los italianos se instalaban en Brujas, que se convirtió en la principal plaza financiera de la Europa septentrional. A partir de finales del siglo XIII, las galeras genovesas y luego venecianas transportaban con regularidad en convoyes sus cargamentos de especias por el Zwin. Desde Italia hasta Flandes y el Báltico, se constituía a través del comercio marítimo una economía-mundo europea.

3. El éxito escolar y universitario

El siglo XIII europeo de las ciudades y del comercio fue también, y siempre dentro del marco urbano, el siglo de la Europa escolar y universitaria. Ya hemos visto que, favorecidos por los burgueses, las escuelas urbanas se habían multiplicado a partir del siglo XII. Si esta Europa de las escuelas «primarias y secundarias» aportó una base esencial a la enseñanza en Europa, la creación más espectacular y que además inauguró una tradición que aún sigue viva fue la de las escuelas «superiores», llamadas universidades. A finales del siglo XII, estas escuelas recibieron el nombre de *studium generale*, escuela general, denominación que indicaba a la vez un estatuto superior y una enseñanza de tipo enciclopédico. Las escuelas, al situarse en el ambiente del gran movimiento de organización de los oficios en las ciudades, se constituyeron en corporación como los demás oficios y adoptaron el término de universidad, que significaba corporación, y que apare-

ció por primera vez en 1221 en París para designar a la comunidad de los maestros y de los estudiantes parisinos (*universitas magistrorum et scholarium*).

Observemos acto seguido una distinción que la historia no retuvo. Las corporaciones universitarias de la Edad Media se instituyeron según dos modelos. En el modelo parisino, maestros y estudiantes formaban una sola y misma comunidad. En el modelo boloñés, solamente los estudiantes formaban jurídicamente la *universitas*. El modelo parisino es el único que llegó hasta nosotros. La emergencia del maestro universitario en la Europa del siglo XIII es paralela a la del comerciante. El comerciante, primero acusado de vender el tiempo que sólo pertenece a Dios (el beneficio del interés corresponde al comerciante aunque esté durmiendo), luego justificado en el siglo XIII por su trabajo y por su utilidad, forma una especie de pareja con el maestro universitario, acusado a su vez en el siglo XII de vender un bien que sólo pertenece a Dios, la ciencia, y que también terminaría siendo justificado por el trabajo que efectúa al enseñar a los estudiantes que podían así pagarle sus lecciones. Una Europa del trabajo intelectual nacía junto a la Europa del trabajo comercial.

El maestro universitario acumulaba un trabajo de reflexión y de escritura que nosotros llamaríamos hoy de investigación, y un trabajo de enseñanza. En muchos casos, su reputación, sus intervenciones en debates sociales y políticos (por ejemplo, la mendicidad entre los religiosos, los poderes reales, la fiscalidad pontificia), añadían a su función un papel que, desde el siglo XIX, les fue en general reconocido a los intelectuales. Ésa es la razón por la cual he llamado a esos universitarios «los intelectuales de la Edad Media».

Esos universitarios estaban dirigidos por rectores elegidos por los maestros y vigilados por el canciller, en general designado por el obispo del lugar, y cuya importancia se desvaneció conforme los universitarios adquirían progresivamente una autonomía casi completa. Los universitarios escaparon también casi siempre de las injerencias y esfuerzos de dominación de los poderes temporales, ya se tratase de las ciudades o de las monarquías. En cambio, las universidades, por ser instituciones de Iglesia, tuvieron que aceptar las intervenciones pontificias, aunque éstas fueron en general lejanas y ligeras. En algunos casos, el obispo del lugar utilizó su poder teórico para intervenir con cierta brutalidad en los asuntos de la universidad e imponer en ella una especie de censura. El caso más espectacular fue la condena, en 1270, y luego en 1277, por el obispo de París Étienne Tempier, de unas proposiciones obtenidas de las enseñanzas de algunos maestros parisinos, incluido Tomás de Aquino. Esas condenas apuntaban sobre todo a los préstamos, verdaderos o supuestos, tomados por maestros parisinos de las ideas de un comentarista árabe de Aristóteles, Averroes, quien enseñaba lo que se llamó la teoría de la doble verdad, según la cual, al lado de la verdad dogmática —en el caso de los cristianos, de la Biblia y de la enseñanza de la Iglesia—, estaba considerada como legítima una verdad según la razón que podía enseñarse aun cuando fuese contraria a la verdad de la Iglesia.

Aristóteles había sido en cierto modo la mayor personalidad de las universidades del siglo XIII y sobre todo de la universidad parisina. Mientras sus obras sobre lógica habían sido traducidas desde hacía mucho tiempo al latín no fue, en

cambio, sino hasta el siglo XIII cuando se pudo descubrir en alguna traducción latina su metafísica, su ética y su política. Primero prohibida su enseñanza en las universidades, esas obras que suscitaban una viva curiosidad y el deseo entre los estudiantes, pudieron leerse por fin en las universidades. Podemos decir incluso que hubo una moda de aristotelismo latino medieval y que, hacia 1260-1270, impregnó casi toda la enseñanza universitaria. Un maestro que también estuvo de moda fue el ya citado dominico Tomás de Aquino, uno de los grandes introductores de Aristóteles en el ámbito universitario. Pero después de 1270 el aristotelismo retrocedió, tanto a resultas de las condenas de tradicionalistas como Étienne Tempier como, al contrario, bajo los ataques de maestros «modernos» que oponían ideas más místicas y menos racionalistas, como fue el caso de los franciscanos Juan Duns Escoto (1266-1308) y Guillermo de Ockham (c. 1350), y del dominico Maestro Eckart (c. 1260-1328). El intelectualismo de Aristóteles se consideró a partir de entonces como un obstáculo a una ciencia que se hacía experimental y abierta a la libre discusión.

Las universidades se constituyeron según las disciplinas en facultades. Había cuatro facultades, y todas las universidades contaron con esas cuatro, aunque no siempre fue así y a menudo una facultad superaba en importancia a las otras, aun cuando éstas no dejaban por ello de existir. Así, Bolonia fue primero una universidad de derecho, París una universidad de teología y Montpellier una universidad de medicina. Había una jerarquía por el lugar en el *curriculum* y por la dignidad, entre una facultad de base propedéutica, la facultad de las artes donde se enseñaban las artes del *trivium* (gramática, retórica, y sobre todo dialéctica), y las artes del *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Esta facultad a menudo recibía un nombre según las disciplinas que en la actualidad llamaríamos científicas. Desde el punto de vista social, fue por lo demás la facultad poblada por los estudiantes más jóvenes, los más turbulentos, los menos adinerados y de los cuales tan sólo una minoría proseguía sus estudios en una facultad superior. Por encima de la facultad de artes, dos especializaciones estaban en condiciones de atraer a los estudiantes, ya fuera la facultad de derecho donde se enseñaban ambos derechos, el civil y el canónico, o la facultad de medicina, que confería un talante más libresco y teórico que experimental y práctico a la medicina. Por último, por encima se imponía, coronándolas, la facultad suprema, la de teología.

La primera universidad fue la de Bolonia, aunque ésta no recibió sus estatutos del papa hasta 1252; no obstante, desde 1154 el emperador Federico Barbarroja había concedido privilegios a los maestros y estudiantes de Bolonia. Del mismo modo, los maestros y estudiantes de París recibieron privilegios del papa Celestino III en 1174, y del rey de Francia Felipe Augusto en 1200. Pero la universidad no recibió su estatuto del legado pontificio Robert de Courson hasta el año 1215, y de una bula muy importante del papa Gregorio IX en 1231 (*Parens scientiarum*) que contiene un famoso elogio de la institución universitaria y de la teología: esa misma teología que en la universidad se había convertido, según las palabras del Padre Chenu, en una «ciencia». Las universidades de Oxford, Cambridge y Montpellier fueron fundadas en los primeros años del siglo XIII. Ná-

poles fue fundada por el emperador Federico II en 1224. Lisboa lo fue en 1288, y el *Studium* de la curia pontificia desempeñó el papel de una verdadera universidad donde, como ha demostrado Agostino Paravicini Bagliani, la óptica y las ciencias tuvieron gran relevancia. La historia de las etapas de fundación de la Universidad de Salamanca es muy ilustrativa. Fundada como establecimiento real por el rey Alfonso IX de León, en 1218-1219, se convirtió en un establecimiento superior por la *carta magna* de Alfonso X el Sabio, rey de Castilla en 1254, y el papa Alejandro III le confirió la *licentia ubique docendi* en 1255. El historiador de esta universidad, Antonio García y García, ha descrito muy bien los privilegios ejemplares concedidos por Alfonso X a Salamanca en 1254: «Por la *carta magna* se creaba una cátedra de derecho civil, tres de derecho canónico (una de decreto y dos de decretales), dos de lógica, dos de gramática, dos de física (medicina), un puesto de bibliotecario para proporcionar los libros necesarios a los maestros y estudiantes, uno de maestro de órgano y uno de apotecario. El número de cátedras aumentó con el tiempo. El salario de los profesores procedía esencialmente de un tercio de los diezmos de la diócesis de Salamanca. Profesores y estudiantes aprovechaban ampliamente de los beneficios eclesiásticos». El caso de la Universidad de Toulouse es especial, pues fue impuesta por el papado en su lucha contra el catarismo como una fundación instituida por el tratado de París que en 1299 puso fin a la cruzada de los albigenses. Su reclutamiento fue objeto de una gran publicidad y del envío a toda la cristiandad de un texto redactado por el maestro inglés de la Universidad de París, Juan de Garlandia, loando el clima tolosino y los atractivos de la ciudad, lo que incluía el de las tolosinas. La universidad fue muy mal recibida por la gente del sur, que la consideró un instrumento de dominación creado por los hombres del norte. La enseñanza de teología no cuajó y no fue hasta la segunda mitad del siglo XIII cuando la universidad tolosina se desarrolló especialmente en el ámbito del derecho. Entre las novedades de larga duración, legadas en siglo XIII a Europa por las nuevas universidades, subrayemos el recurso a la huelga, la más larga y célebre de las cuales fue la de los maestros y estudiantes parisinos, de 1229 a 1231, como respuesta a la hostilidad del obispo y de la reina Blanca de Castilla (el joven Luis IX manifestó al parecer, por vez primera, su resistencia a su madre apoyando a la universidad que arrancó al papa la bula *parens scientiarum*). La otra innovación fue la inclusión en el calendario de los cursos que se tradujeron en un programa de un mes de vacaciones en verano. Las vacaciones se insinuaban en Europa bajo un aspecto casi litúrgico.

En la cristiandad del siglo XIII, habituada sin embargo por la Iglesia al internacionalismo, las universidades llamaban la atención por convertir a maestros y estudiantes en itinerantes que iban en busca del saber al extranjero y pasaban de buen grado de un país a otro siguiendo la moda o la reputación de una universidad o de un maestro. Los maestros parisinos más famosos del siglo XIII fueron los dominicos, el alemán Alberto el Grande, el italiano Tomás de Aquino, y el franciscano italiano Buenaventura.

Lo que constituyó el éxito de las universidades de la Edad Media y posteriormente, fue su derecho a conferir grados válidos en el conjunto de la cris-

tiandad. Ésa fue una de las nuevas bases de la futura Europa. Los estudiantes, si poseían los recursos y las capacidades, obtenían una serie de diplomas; el más reputado de ellos era la maestría en teología adquirida al cabo de once años de estudio. El primer estadio era el *baccalaureat*, una especie de iniciación comparable a la que el joven noble, el bachiller, adquiría al entrar en la caballería. Seguía el diploma esencial, el *licentia ubique docendi*, es decir, el permiso de enseñar en todas partes, una licencia que se ha convertido en nuestra «licenciatura». Solamente el papa podía conferir a las universidades el derecho a conceder este título y el privilegio que se desprendía del mismo. El tercero y último grado superior era el doctorado que convertía a sus beneficiarios en «maestros». Así nació la Europa de los profesores. A la maestría universitaria podían acceder por igual nobles y no nobles. Se conocían maestros universitarios hijos de campesinos. Roberto de Sorbon, famoso en su época, el siglo XIII, que fuera el fundador, gracias a la generosidad de su amigo el rey de Francia San Luis, del más célebre colegio parisino, la Sorbona, era de origen muy modesto, y su compadre, el sir de Joinville, no dejaba pasar ocasión de recordárselo. Sin embargo, la formación universitaria era cara, especialmente porque los estudiantes debían hacer frente durante largos años a sus gastos en una ciudad donde los precios de las habitaciones y de la comida iban continuamente en aumento. Los estudiantes que podían frecuentar durante más de un año o dos las universidades eran una minoría.

Para permitir a los estudiantes dotados y laboriosos superar el obstáculo de su origen social, un cierto número de benefactores fundaron o subvencionaron casas para albergar y alimentar de modo gratuito a lo que nosotros llamaríamos becarios: eran los colegios. Los más famosos se encontraban en París; después de la Sorbona, estaba el colegio de Harcourt y el de Navarra, fundados al iniciarse el siglo XIV. Los colegios albergaban a menudo a estudiantes de la misma procedencia geográfica o especializados en la misma disciplina. Así, en el siglo XIII, el colegio de Sorbona acogió a estudiantes pobres de teología, y en Oxford, por ejemplo, el colegio de Merton estuvo dedicado sobre todo a los estudiantes de matemáticas. Las universidades, y especialmente los colegios, formaron de este modo, a partir del siglo XIII, una clase similar a los enarcas, que pronto acapararon los cargos principales de poder dentro de la Iglesia y en la autoridad laica. Como muchos de ellos estaban especialmente formados en derecho, a finales del siglo XIII constituyeron, como sucedió en Francia durante el reinado de Felipe IV el Hermoso, un gobierno de *legistas*. Una Europa de mandarines cristianos apuntaba por el horizonte.

La civilización del libro

Prolongando el renacimiento del siglo XII, el siglo XIII supuso un impulso decisivo para el libro. Éste conoció una primera fase de desarrollo entre los siglos IV y VII cuando al «volumen» de la Antigüedad, ese rollo de consulta relativamente incómodo, le sucedió el «codex», con el que se introducía la revolución de la «página» en un manuscrito tanto más fácil de consultar cuanto que, aparte de los

libros litúrgicos, sus dimensiones solían ser modestas, por lo que era fácil de transportar. La difusión del libro «codex» se vio frenada por dos condiciones. La primera fue de orden socio-intelectual. El número de hombres capaces de leer estaba restringido a los monjes formados en los conventos y que disponían de las únicas bibliotecas de la época, las de los *scriptoria* monásticas. La segunda condición no fue menos restrictiva. El libro «codex» manuscrito estaba hecho de pergamino. La cantidad de pieles de cordero, o con más frecuencia de oveja, necesarias para confeccionar un libro era muy elevada y, por consiguiente, los libros eran muy caros. La demanda de libros se incrementó con el número de escuelas urbanas y, sobre todo, de las universidades.

Ivan Illich pudo escribir: «Hacia 1140, en la civilización del libro, la página monástica se cierra y se abre la página escolástica». El gran iniciador de este nuevo arte de la lectura fue el gran teólogo y sabio del convento suburbano de Saint-Victor en París, Hugo de San Víctor. En el siglo XIII, se hicieron realidad definitivamente las novedades materiales y técnicas que garantizaron el nuevo rostro y el nuevo uso del libro. Se mejoró la puntuación, se insertaron en el manuscrito títulos y rúbricas, se dividieron los libros por capítulos y se añadió un índice de materias clasificadas en orden alfabético. Más aún, fue un hecho revolucionario el abandono de la lectura en voz alta, salvo delante de auditorios escogidos, en favor de la lectura individual en silencio. Una Europa del individuo leyendo acababa de nacer. Al margen del desarrollo de las escuelas y de las universidades, la aparición de nuevos cuerpos de oficios especializados en la práctica de la escritura como los juristas, el progreso de la alfabetización entre los nobles, los comerciantes y los artesanos, multiplicó las prácticas del libro. Como dijo Daniel Baloup, «el libro se convierte a la vez en herramienta de estudios profanos, de trabajo, de ocio y de devoción privada». Al mismo tiempo que la forma, los contenidos de los libros evolucionan y se diversifican. El libro se abre tanto más a los gustos e intereses de los lectores a medida que se abre a las lenguas vernáculas. La paginación de los libros universitarios de distingue por los márgenes importantes que permiten introducir comentarios. Se multiplican los oficios relacionados con el libro, y en particular en el marco de las universidades. Aparece el librero. Cada vez son más necesarios pergamíneros, copistas y encuadernadores. El cuello de botella que supone el precio de los pergaminos desaparecerá lentamente con la lenta introducción del papel, que no se impondrá hasta el siglo XV, cuando llegue a costar trece veces más barato que el pergamino.

Otra novedad técnica relativa al libro que apareció y se desarrolló en el siglo XIII, fue la técnica de la *pecia*. La reproducción de los manuscritos antes de la imprenta era a todas luces un gran problema. A menudo había que mantener inmóvil el modelo durante varios meses antes de obtener una sola copia. A partir de finales del siglo XII en Bolonia, y sobre todo en el siglo XIII en París, se inventó ese sistema a partir de un nuevo tipo de modelo, el *exemplar*. Louis-Jacques Bataillon ha descrito como sigue la técnica de la *pecia*: «Se alquilaba al copista un ejemplar escrito sobre cuadernos numerados y formados por dos dobles hojas llamadas *pecie*. El escriba tomaba las "piezas" una tras otra, dejando los restantes cuadernos disponibles a otros escribas; de ese modo, varios copis-

tas podían trabajar al mismo tiempo sobre el mismo texto, lo cual permitía poner rápidamente en funcionamiento un número mayor de copias de una misma obra». Por lo tanto, dos siglos antes de la imprenta hubo una Europa de los copistas. De todos modos, esta técnica, muy utilizada en Bolonia, Padua, París, Montpellier, Nápoles y Aviñón, no lo fue en Inglaterra ni en los países germánicos y eslavos, y será abandonada en París después de 1350. Habrá que esperar a la segunda mitad del siglo XV para que se produzca una expansión de una Europa del Libro.

No obstante, en los siglos XII y XIII apareció una nueva era del libro con la multiplicación de nuevas categorías de lectores pues, además de maestros y estudiantes, se incorporaron a la lectura un número creciente de laicos. Los nuevos lectores eran en su mayoría laicos y por lo tanto podemos hablar de una laicización de la cristiandad a través de la evolución del libro. Es cierto que la religión y la devoción continuaban ocupando un lugar relevante en los manuscritos. Pero en el siglo XIII se veía, por ejemplo, el desarrollo de un tipo de devocionario dirigido especialmente a las mujeres y así el libro fue, junto con la escuela, uno de los instrumentos de promoción femenina. A esta categoría de obras pertenecen los llamados libros de horas. Es un salterio al que se añaden un oficio de la Virgen (lo cual explica la cantidad de lectoras), un calendario (signos del Zodíaco y las labores por meses), los salmos de la penitencia, las letanías y sufragios de los santos, y ligado a la devoción a los muertos y del purgatorio, un oficio de difuntos. Los libros de horas seguían siendo obras destinadas a los ricos y pudientes, pues sus brillantes ilustraciones los convertían en objetos especialmente caros, mientras que el «hermoso libro» adornado con miniaturas estaba en regresión. El libro universitario y el aumento de libros utilitarios hacía retroceder al libro como objeto de arte.

La producción enciclopédica

Otro tipo de libro gozó de un gran éxito en el siglo XII y en los albores del XIII, y contribuyó a que el saber evolucionara hacia conocimientos profanos y la cultura laica. Hablamos de las enciclopedias. Este desarrollo correspondía a la demanda de las nuevas categorías de lectores y al incremento de los conocimientos, una de las características del renacimiento del siglo XII. Las enciclopedias ofrecían todos los conocimientos relativos a la naturaleza y la sociedad.

Junto con la teología, las enciclopedias recogieron cada vez más los conocimientos laicizados que constituían la filosofía. Al lado de lo sobrenatural y de la metafísica, las enciclopedias proporcionaron un conjunto de conocimientos sobre la naturaleza y la física en sentido amplio.

Podemos considerar a Hugo de San Víctor como el punto de partida de esta nueva producción enciclopédica. En particular, en su *Didascalion*, Hugo mezcla ciencia de lo sagrado y ciencia de lo profano, sitúa en un primer nivel de saber las artes y la filosofía, en un segundo la hermenéutica, y mezcla historia sagrada e historia profana. La distinción se incluirá en las enciclopedias de finales del siglo XII

y XIII. Ya en *De philosophia mundi*, Guillermo de Conches (c. 1090-1154) distingue claramente filosofía y física, entendidas como una ciencia de la naturaleza más amplia que la medicina.

Alejandro Neckam, en el *De Naturis rerum*, ofrece una enciclopedia decididamente aristotélica. Una de las enciclopedias más populares del siglo XIII es la de Bartolomé el Inglés, que combina a Isidoro de Sevilla y a Aristóteles (entre 1230 y 1240). El *De proprietatibus rerum* fue traducido al italiano, francés, provenzal, inglés, español y flamenco. En 1372, el rey de Francia, Carlos V, hizo que su capellán lo tradujera al francés. Tomás de Cantimpré, en el *Liber de natura rerum* (entre 1230 y 1240 también), realizó la síntesis de conocimientos de su tiempo en historia natural, que quiso convertir en la introducción a la teología, pero, ante las reticencias que suscitó su obra juzgada demasiado profana, consagró el final de su vida a la espiritualidad, sobre todo en el *Bonum universale de apibus* (*Del bien universal de las abejas*), que transforma el libro IX *De natura rerum* en una vasta comparación de la sociedad humana con una gran colmena. La mayoría de estos enciclopedistas son miembros de las órdenes mendicantes de las que hablaremos más adelante. El tercer enciclopedista y el más famoso después de Bartolomé y Tomás es Vicente de Beauvais. Dominico, muerto en 1246, en 1230 su orden le encarga que reúna en un «Libro de libros» el saber necesario para la formación de los hermanos que no habían frecuentado las universidades. Vicente de Beauvais, quien había trabajado mucho en la abadía benedictina de Royaumont, explota —un gesto moderno— a todo un equipo alrededor de él que se dedica a recopilar los textos. Reivindica para sí la responsabilidad de ordenarlos y redacta por tanto un *Speculum majus* (Gran Especulo) en tres partes, *Speculum naturale*, *Speculum doctrinale*, *Speculum historiale*. Consiguió tan gran reputación por ello que se le atribuyó póstumamente un *Speculum morale* apócrifo.

De una calidad intelectual superior fueron las obras que ofrecían una visión enciclopédica fragmentaria en diversos tratados del dominico alemán Alberto el Grande (c. 1200-1280), del franciscano inglés Roger Bacon (c. 1214-c. 1292), y del catalán Ramon Llull (1232-1316), escritor laico, autor de textos teológicos, filosóficos, pedagógicos, jurídicos, políticos y físicos, además de poemas y novelas, que inició una enseñanza de lenguas antiguas y vivas en Mallorca, viajó extensamente por el Mediterráneo y la cristiandad, y fue un agente infatigable de la conversión de judíos y musulmanes. Como la mayoría de los grandes enciclopedistas, Llull afirmó que la fe y la razón estaban indisolublemente ligadas, y lo hizo con un extraordinario y muy original talento demostrativo.

La escolástica

La herencia más importante de la actividad intelectual del siglo XIII, en particular de la actividad universitaria, fue el conjunto de métodos y de obras clasificados con el nombre de escolástica, es decir, de producción intelectual ligada a la escuela a partir del siglo XIII, y más especialmente ligada a las universidades del

siglo XIII. La escolástica surge del desarrollo de la dialéctica, una de las disciplinas del *trivium*, que es «el arte de argumentar a través de preguntas y respuestas en una situación de diálogo». El padre de la escolástica es Anselmo de Canterbury (c. 1033-1109), para quien la dialéctica era el método de base de la reflexión ideológica. El objetivo de la dialéctica es la inteligencia de la fe, una fórmula célebre desde la Edad Media: *fides quaerens intellectum*. Esta búsqueda implica que se recurra a la razón y Anselmo completó su doctrina con la idea de la compatibilidad entre libre arbitrio y la gracia. La escolástica puede considerarse como la formulación y la justificación de una concordia entre Dios y el hombre. Anselmo proporcionó asimismo a la escolástica un fundamento, el de las pruebas de la existencia de Dios según una actividad racional. La experimentación, en el siglo XII, de un nuevo método de reflexión y de enseñanza fue el prólogo al método propiamente escolástico de las universidades. Se trataba en primer lugar de construir un problema, de plantear una *quaestio*, y esta *quaestio* era discutida (la *disputatio*) entre el maestro y los alumnos. Por último, el maestro ofrecía la solución del problema tras esta discusión, la *determinatio*. En el siglo XIII, en el programa de las universidades, aparecieron dos veces al año dos ejercicios donde se manifestaba el brío intelectual de los maestros: las preguntas *quod libetiques*, cuando los estudiantes planteaban al maestro una pregunta sobre cualquier problema a su elección. La fama de los maestros se construía con frecuencia a partir de su capacidad de responder a estas preguntas.

La enseñanza universitaria desembocó obligatoriamente en publicaciones, hecho que explica la gran importancia de las universidades en la difusión y promoción del libro. En el siglo XII, los principales tipos de publicaciones escolares eran los «florilegios», que no consisten en puras colecciones de citas de la Biblia, de los Padres de la Iglesia o de los antiguos maestros, sino que incluían acompañando a cada cita un comentario de un maestro contemporáneo, estructura que inicia la evolución del florilegio hacia la suma escolástica. Hubo un estadio intermedio esencial representado por otro tipo de libro: las colecciones de sentencias. Las «sentencias» consistían en la elaboración de textos fundamentales destinados a una discusión escolar. El principal elaborador de sentencias fue el obispo de París, el italiano Pedro el Lombardo, muerto en 1160. Su *Libro de sentencias*, probablemente compuesto entre 1155-1157, se convirtió en el siglo XIII en el manual de base de las facultades de teología de las universidades.

En el siglo XIII, las producciones escolásticas se expresaron sobre todo de dos formas: por una parte, con «comentarios»; con la *disputatio*, el comentario se convertía en el aguijón esencial del desarrollo del saber en este siglo. Gracias al comentario pudo elaborarse un saber original producido por los maestros en función de preocupaciones contemporáneas, pero apoyándose en la tradición y haciéndola evolucionar. La Europa de los comentarios inauguraba la Europa del progreso intelectual, sin ruptura con la tradición. Alain de Libera ha podido decir así, que «la historia del comentario es una historia de la liberación progresiva del pensamiento filosófico en relación a los datos de la tradición». El otro producto de la escolástica del siglo XIII fueron las «sumas». El nombre de «suma» expresa el deseo de los intelectuales de este tiempo de ofrecer una síntesis docu-

mentada y argumentada de una filosofía que aún no se había separado de la teología. Es momento de recordar que el padre Chenu hizo hincapié en la promoción de la teología como ciencia, precisamente en este siglo XIII.

Recordemos algunos de los más famosos y ejemplares escolásticos del siglo XIII. La primera gran suma universitaria fue obra del franciscano inglés Alejandro de Hales, en 1230. El dominico Alberto el Grande, el primer alemán que obtuvo el título de maestro en teología de la Universidad de París en 1248, amplió el saber al ampliar sus obras a los terrenos de las ciencias o de las artes no enseñadas en la universidad. Se nutrió por extenso de los filósofos árabes Al-Farabi, Avicena y Averroes. Al lado de su aspecto enciclopédico, la obra de Alberto el Grande supone también uno de los más profundos esfuerzos realizados por reflexionar sobre el equilibrio entre la filosofía y la teología. Alberto el Grande fue, además, el maestro de Tomás de Aquino en Colonia, de donde era originario.

Tomás de Aquino es el escolástico que ha ejercido mayor influencia en el pensamiento europeo hasta hoy. Este italiano, miembro de la pequeña nobleza, que residió varias veces en París como estudiante y luego como docente, pero también en Orvieto, en Roma y en Nápoles, fue un profesor de moda que atrajo y entusiasmó a los estudiantes, y un pensador sagaz que se granjeó la hostilidad de un buen número de colegas y algún que otro influyente. Tomás de Aquino es el modelo de intelectual europeo, seductor y discutido, que esclareció y perturbó a la vez los ambientes intelectuales y religiosos. Del conjunto de una obra inmensa me limitaré a recordar aquí solamente dos sumas, la *Suma contra los gentiles* (1259-1265) y la *Suma teológica*, su principal obra, que dejó inacabada al morir a los cincuenta años, en 1274. Aun afirmando la superioridad de la teología, Tomás, según la expresión de Étienne Gilson, manifestó una sorprendente «confianza en el poder de la razón». La «suma» propicia el encuentro de lo que se ha llamado una «teología de abajo», que expresa lo que la razón permite al hombre conocer acerca de Dios y del mundo, y una «teología de lo alto», que muestra la verdad divina que desciende sobre el hombre más allá del intelecto por la vía de la revelación. Según Tomás, el hombre está determinado, como dice Ruedi Imbach, por tres relaciones: con la razón, con Dios, y con sus semejantes.

El hombre, según Tomás, es un hombre total, no es solamente una criatura de Dios, que es un animal racional, sino también «un animal social y político», que para manifestar su individualidad utiliza un don esencial de Dios, el lenguaje. De manera generalizada, los escolásticos concedieron una gran atención al lenguaje, y tienen por ello su lugar dentro de una historia europea de la lingüística.

Citaré aún a otro maestro escolástico, famoso y discutido, que merece figurar en la larga cadena de los intelectuales europeos desde la Edad Media hasta nuestros días. Se trata del franciscano inglés Roger Bacon (c. 1214-c. 1282), que publicó una triple suma, la *Opus majus*, la *Opus minus*, y la *Opus tertium*, compuestas a petición de su amigo y protector el papa Clemente IV (1265-1268). Enseñaba en la Universidad de Oxford. Filósofo y teólogo, agresivo y profético, se granjeó numerosos enemigos, entre los cuales se contaba Alberto el Grande, quien atacó

con suma virulencia; Bacon concedió una especial importancia a una astronomía que es en realidad astrología e imaginó todo tipo de técnicas e inventos proféticos que le convierten en un Leonardo da Vinci del siglo XIII.

Para terminar, me gustaría destacar tres aportaciones esenciales de la escolástica a la actividad intelectual europea.

Abelardo, el más importante de los escolásticos del siglo XII, subrayó una lección fundamental recibida de Aristóteles: «La primera clave de la sabiduría es una continua interrogación. Aristóteles dijo que no resulta inútil dudar de todo, pues quien duda se ve obligado a buscar, quien busca captura la verdad». El mismo Abelardo dijo en su *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*: «Sea cual sea el objeto de discusión, la demostración racional tiene más peso que el alarde de las autoridades». La duda de Abelardo, que será la duda de los escolásticos, adquiere así un lugar decisivo en las nuevas formas del espíritu crítico elaborado por los griegos, y que define hasta nuestros días un espíritu crítico europeo que en el siglo XX Gramsci haría encarnar en el intelectual crítico.

La segunda observación subraya que Alain de Libera pudo decir con razón que la escolástica condujo a una gran «liberación intelectual» y que, por tanto, instaló en la tradición intelectual europea la idea del saber como liberación.

Por último, a través de su deseo de poner orden en las ideas y de exponer el saber y la reflexión con la mayor claridad, la escolástica medieval si no creó, al menos reforzó la afición al orden y a la claridad que habitualmente se atribuye a Descartes, presentado muy a menudo como el agente de una revolución moderna del pensamiento europeo. Descartes tuvo predecesores, que no fueron otros que los maestros escolásticos, y él mismo es un brillante vástago de la escolástica medieval.

La Europa lingüística: latín y lenguas vernáculas

La enseñanza universitaria se impartía en latín. El latín se había mantenido como la lengua del saber, y esta preeminencia se vio fortalecida por el hecho que la liturgia cristiana se expresaba en latín; pero no solamente el latín había evolucionado en los últimos años del Imperio romano, entre los siglos I y IV, hasta el punto que los especialistas hablan de «bajo-latín», sino, en particular, con el declive de las escuelas, las masas laicas se habían puesto poco a poco a hablar lenguas que finalmente habían dejado de ser latín. Por ello, los historiadores se plantearon la cuestión de averiguar en qué momento se dejó de hablarlo para hablar las lenguas llamadas vernáculas. Por otra parte, los pueblos que se habían cristianizado y convertido en súbditos de la cristiandad hablaban otras lenguas, lo esencial estaba constituido por las lenguas germánicas, pues solamente los clérigos y las élites habían aprendido latín. Se considera que la lengua que los laicos hablaban en el siglo IX ya no era latín y a menudo se refiere el nacimiento de las lenguas vulgares a un texto famoso, los *Juramentos de Estrasburgo*, prestados en el año 841 por dos de los hijos del emperador Luis el Piadoso, uno en una lengua que se estaba convirtiendo en francés, y el otro en una lengua que se estaba con-

virtiendo en alemán. La organización política de la Europa cristiana se hizo mediante la construcción de estructuras nacionales bajo las estructuras comunitarias. La Iglesia reconoció la legitimidad de estas lenguas. Los Padres de la Iglesia habían distinguido tres lenguas principales, el hebreo, el griego y el latín. Pero Agustín destacó que no existe una lengua superior a las otras y que ése era el sentido que encerraba Pentecostés, donde el Espíritu Santo concedió sin discriminación ni jerarquía el don de lenguas a los apóstoles. El retroceso del latín obligó a los jefes religiosos y políticos de la Alta Edad Media a tomar importantes decisiones en el terreno lingüístico. El sínodo de Frankfurt, en 794, siguiendo a san Agustín, afirmó: «Que nadie crea que Dios debe ser adorado exclusivamente en las tres lenguas. A Dios se le adora en todas las lenguas y el hombre es atendido si pide cosas justas». Pero la decisión más importante fue la del concilio de Tours en el año 813, que invitó a los predicadores a pronunciar sus sermones en lengua vulgar: «Que cada uno se ocupe de traducir sus homilías claramente en lengua vulgar romana o germánica para que todos puedan comprender más fácilmente lo que en ellas se dice». Se ha visto en este texto «el acta de nacimiento de las lenguas nacionales». En el siglo XIII esas lenguas vernáculas habían evolucionado, aunque tal evolución prosiguió a lo largo de todo el final de la Edad Media. Lo más significativo de este proceso fue que las lenguas vernáculas eran no solamente lenguas habladas, sino también escritas. Y la escritura de esas lenguas había dado nacimiento a literaturas en lengua vulgar. Y a menudo se trataba de obras maestras como las canciones de gesta, los *roman courtois* y los *fabliaux*. ¿Cómo esta torre de Babel lingüística y literaria iba a poder integrarse en una Europa comunitaria? Además, el latín que hablaban los escolásticos no era ni el latín clásico ni el latín que aún se hablaba. El latín escolástico fue un latín artificial aunque válido para todas las obras universitarias, para la teología, la filosofía y la expresión de las ideas aún durante varios siglos; ese latín se convirtió en uno de los fundamentos del pensamiento europeo. Pero era el pensamiento de una Europa elitista.

La evolución de las lenguas llamadas «vernáculas» (la palabra *verna* significaba esclavo en la Antigüedad; eran, por lo tanto, las lenguas habladas por individuos socialmente e intelectualmente inferiores) fue lenta. Una etapa capital correspondió a la escritura de esas lenguas, en particular para las obras jurídicas y el desarrollo de una literatura en lengua vulgar. Los siglos XII y XIII volvían a ser esenciales en este punto. Por último, la promoción de esas lenguas estaba ligada al desarrollo del Estado, y esta etapa se realizó entre el siglo XII y el XVI con un momento especialmente importante en el siglo XIII.

Después del año 1000, las lenguas vernáculas formaban, según sus orígenes, un pequeño número de conjuntos lingüísticos. En primer lugar conviene distinguir las lenguas derivadas del latín y que permanecieron relativamente próximas a él, las llamadas lenguas «románicas». El francés, las lenguas ibéricas y el italiano son las más importantes.

El francés emergió como una aleación de latín y de una lengua germánica, el franco. Una cierta unificación de los dialectos hablados en la Galia condujo a la emergencia de dos lenguas, la lengua de Oc, en la Francia meridional, y la len-

gua de Oïl, en la Francia septentrional. En el ámbito de la lengua de Oïl se impuso un dialecto medio, el *francien* (francico). En el siglo XIII, la lengua de Oïl, hablada en la corte de los reyes de Francia, que se estaban imponiendo a la vez como jefes políticos y patronos culturales, ganó en la Francia del norte y a consecuencia de las victorias, conquistas e injerencias de los franceses del norte en el sur, se impuso también sobre la lengua de Oc.

El caso de Inglaterra fue algo original, pues hasta el siglo XV el trilingüismo era lo habitual. Como consecuencia de la conquista normanda en 1066, el viejo inglés hablado por los anglosajones se añadió al francés en la forma dialectal del anglonormando y, por supuesto, al latín. Mientras el inglés ganaba terreno a partir de las capas inferiores y adquiriría un carácter pre nacional (Eduardo I, 1272-1307, fue el primer rey de Inglaterra que lo habló), el francés se mantuvo hasta el siglo XV como la lengua del poder, la lengua de los aristócratas y la lengua de moda. Las grandes familias nobles enviaban a sus hijos a estudiar a Normandía para que aprendieran un buen francés.

La unificación del alemán fue aun más difícil. La noción misma de alemán fue tardía, y la palabra *deutsch* no apareció, y lo hizo tímidamente, sino hasta el siglo IX. El ámbito lingüístico permaneció territorialmente fraccionado en Alemania entre bajo-alemán, medio y alto-alemán, frisón y un pequeño enclave suave eslavo.

La situación política y étnica de la Península Ibérica condujo igualmente a una situación particular, entre los principales dialectos o lenguas, ligados a menudo a la situación política. Después de la desaparición del mozárabe, mezcla de dialectos cristianos y de árabe (mozárabe procede de la palabra *musta'rab* o *musta'rib* significante que se arabiza, término aparecido en el siglo XI), el castellano en el siglo XIII había eliminado la mayoría de otros dialectos de la Península como el leonés y el gallego, si bien éste se mantuvo como lengua poética dentro del conjunto de la Península, y sólo dejó subsistir al catalán y al portugués; la unificación se hizo en favor del castellano.

La situación prácticamente general en toda Europa era el bilingüismo, prerrogativa al principio de las capas superiores que sabían más o menos latín. Sin embargo, cada vez más la élite social y política tenía que conocer y utilizar las lenguas vernáculas.

En el siglo XIII el francico unificó los dialectos de Oïl bajo la doble influencia de la administración real y de la Universidad de París, a pesar del carácter obligatorio del uso del latín. A decir verdad, ese latín universitario no era ni el latín clásico de la Antigüedad ni el latín vulgar que seguía hablándose en zonas dispersas. Fue una lengua nueva, artificial, pero que ejerció un gran papel en la unificación intelectual de Europa. Según la expresión de Christiane Mohrmann, fue «la lengua técnica del pensamiento abstracto».

Como ha observado con acierto Philippe Wolff, los Estatutos de Bolonia, de 1246, exigen que los candidatos al notariado demuestren su aptitud para leer en lengua vulgar delante del público las actas redactadas por ellos previamente en latín.

La situación lingüística de Italia tal vez sea la más vaga, hasta el punto que muchos lingüistas dudan en hablar de italiano en el siglo XIII. A mediados del si-

glo XIII el franciscano Salimbene de Parma considera que el toscano y el lombardo son del todo lenguas al mismo nivel que el francés. A finales del siglo, el saber lingüístico estaba dominado por Dante. En su tratado *De vulgari eloquentia*, escrito hacia 1303 (¡en latín!), distinguía catorce grupos dialectales en Italia, y rebajaba a una posición inferior todos los dialectos, incluidos aquellos considerados como lenguas, así el romano, el milanés, el sardo, el siciliano, el boloñés, y hasta el toscano. Dante recomienda una lengua vulgar que él llama el *volgare illustre* y que a su juicio trasciende todos los dialectos, pues recoge elementos de unos y otros. Él es el verdadero padre del italiano en un país cuya unificación política no llegará hasta el siglo XIX, y cuya unificación cultural está aún lejos de haber culminado.

Ciertamente a los hombres de la Edad Media no les pasó por alto que el multilingüismo suponía un obstáculo para la comunicación en una Europa donde, sobre todo en materia económica, el latín ya no podía tener una función unificadora. Trabajaron entonces para simplificar el multilingüismo, en especial según la construcción de Estados que iban a convertirse en naciones. El problema lingüístico sigue siendo unos de los graves problemas, y de los más difíciles de resolver, de la construcción europea actual; sin embargo, el ejemplo medieval demuestra que un cierto multilingüismo limitado puede funcionar muy bien en una Europa común; y que esta multiplicidad lingüística es, con mucho, preferible a un monolingüismo sin anclaje en una larga tradición cultural y política, que sería el caso si el inglés llegara a convertirse en la «lengua de Europa».

Si en el siglo XIII el futuro de Europa adquiriría perfiles más nítidos, en buena medida era debido a la evolución de las literaturas. Europa es un ramillete de géneros y de obras literarias. Grandes obras literarias garantizaron o respaldaron el éxito de las lenguas nacionales.

Grandes literaturas y obras maestras

El francés se impuso a partir de finales del siglo XI con el género de las canciones de gesta y la *Chanson de Roland*. Fue aún muy influyente, sobre todo en las traducciones e imitaciones en lengua germánica con los *roman courtois* que tuvo en la figura de Chrétien de Troyes un gran artífice. La literatura artúrica, que gira en torno al anglosajón Arturo, en parte héroe legendario, inspiró la creación de un género llamado hasta el día de hoy a conocer un éxito prodigioso en Europa, la novela, con sus dos principales ramas, la novela histórica y la novela de amor, novela del individuo y de la pareja, a menudo dominada por un horizonte de muerte. La Europa de Eros y Tánatos había nacido.

A mediados del siglo XI el castellano se impuso con el *Cantar de Mío Cid*, el aventurero y noble cristiano que constituyó en 1094, alrededor de Valencia, el primer Estado cristiano en tierras de Islam. Fue un «aventurero de la frontera», servidor de los monarcas cristianos y musulmanes, y recibió el sobrenombre de *Cid*, del árabe *Sayyid*, señor.

Difusión de la prosa

El siglo XIII conoció, en el terreno de la literatura, un acontecimiento que iba a tener una gran influencia sobre el universo literario europeo hasta hoy. Las canciones de gesta se escribían en verso. Los poemas de la *Edda* son los primeros monumentos literarios de Escandinavia; es una colección de treinta poemas mitológicos y heroicos compuestos entre los siglos IX y XII en Escandinavia y preservados en un manuscrito islandés del último tercio del siglo XIII.

El siglo XIII sustituyó la poesía original por la prosa como escritura literaria principal. Se trataba de reemplazar los artificios de la rima por una escritura verdadera. Así, la poesía cortés fue trasladada a la prosa en el siglo XIII, y la *Edda* lo fue también por el gran escritor islandés Snorri Sturluson (1179-1241).

En el siglo XIII se desarrolló también la literatura histórica. Sin embargo, la historia no era en este siglo una materia de enseñanza (hay que esperar al siglo XIX para que se le incluya en el programa de las escuelas y universidades) ni un género histórico específico. No obstante, la autoridad y el atractivo que suscitaba el pasado y su consolidación como valor ideológico entretanto llegaban los distraídos relatos de las crónicas de los siglos XIV y XV, abrieron un lugar importante dentro de la literatura, si no a la historia, sí, al menos, a la memoria.

Los géneros literarios que hoy clasificamos como géneros históricos fueron en la Europa medieval, por una parte, las crónicas universales inauguradas en el siglo IV con Eusebio de Cesárea, testigo de una globalización del saber en una Europa que ignoraba el continente americano y que sabía muy poco sobre la mayor parte de África y de Asia. Junto a las crónicas universales, otro género se desarrolló prodigiosamente; es el caso de la biografía que adoptó la forma de las *Vidas* de santos, es decir, de la hagiografía. Este género condujo en el siglo XIII a una suma hagiográfica excepcional, la *Leyenda dorada* compuesta por Jacobo de Vorágine (Jacques de Voragine), un dominico arzobispo de Génova.

No obstante, después de las crónicas dedicadas a la historia de un monasterio o de un obispado, en el siglo XIII arraigó la crónica real, obra al servicio de las monarquías que se estaban convirtiendo entonces en Estados. El pasado con frecuencia mitificado se convirtió en una de las bases del poder político. Había nacido una Europa política de la memoria y de la historia.

En Inglaterra, un cierto número de obras de éxito de autores como Guillermo de Malmesbury (1095-1143) y sobre todo Godofredo de Montmouth (muerto en 1155), autor de una *Historia de los reyes de Bretaña*, impusieron una visión histórica que instituía una continuidad entre reyes celtas, anglosajones y normandos. Contribuyeron especialmente en este sentido una serie de obras dominadas por el personaje de Brut, el primer rey de Gran Bretaña según Godofredo de Montmouth, quien vulgarizó con el personaje de Arturo la idea de un origen troyano de la monarquía inglesa. Una serie de crónicas tituladas *Bruts* en el siglo XIII alcanzó un gran éxito.

Paralelamente, en Francia se desarrolló desde la Alta Edad Media un mito de los orígenes troyanos de los francos. El mito fue especialmente explotado en favor de los reyes capetos por los monjes de la abadía real de Saint-Denis. En 1274,

el monje primado de Saint Denis ofreció al rey Felipe III una síntesis que le había encargado el padre de Felipe III, san Luis, y que se considera el punto de partida de las grandes crónicas de Francia. Se le llamó *roman de rois* (*roman* hace referencia aquí a la lengua en que fue escrita y no al género literario). Estas historias legendarias manifiestan un deseo europeo de vincularse, frente a los griegos de la Antigüedad, a otro origen. Ya Virgilio en la *Eneida* derivó a los romanos de los héroes troyanos que sobrevivieron a la guerra de Troya y se refugiaron en Europa. Los italianos de la Edad Media recogieron esta tradición. La Edad Media enriqueció también este mito de los orígenes troyanos al hacer que los fugitivos troyanos residieran durante varios siglos, antes de acercarse a la Europa occidental y meridional, en Europa central, en la zona de la antigua ciudad romana de Aquincum (Budapest), un episodio del mito que explotó en la Edad Media la monarquía húngara.

4. El triunfo de los frailes mendicantes

El siglo XIII de las ciudades, de los comerciantes, de las universidades y de las literaturas vernáculas sufrió también la acción de muy larga duración europea, de un nuevo tipo de religioso: las órdenes mendicantes; entre ellas, los principales fueron los depredadores o dominicos y los menores o franciscanos. Esas órdenes no estaban constituidas por monjes que vivían en la soledad colectiva de los monasterios aislados, sino por regulares que vivían en comunidad en medio de los hombres, en las ciudades. Formaron una nueva sociedad a través de la prédica y la práctica litúrgica: un cristianismo nuevo con un interés mayor por los laicos y que tuvo un rasgo dominante en su preocupación por adaptar tanto a clérigos como a laicos a la expansión de la cristiandad con una gran eficacia.

Los grandes problemas de la Iglesia eran el estado inacabado de la reforma gregoriana, la rápida difusión de las herejías, la inadaptación a una sociedad donde la circulación de dinero se aceleraba, donde la riqueza se estaba convirtiendo en un valor, y donde la cultura monástica ligada a una sociedad rural ya no era capaz de responder a las exigencias de los cristianos. La respuesta la dieron algunas personalidades religiosas o laicas que crearon órdenes de un tipo diferente, pues no eran monásticas, y que el papado aceptó con mayor o menor dificultad. A estas órdenes se las llamó órdenes mendicantes, porque lo que más llamaba la atención de ellas era su práctica de la humildad y de la pobreza; a la orden fundada por Francisco de Asís se la llamó orden de menores. El éxito de tales órdenes se tradujo en su multiplicación a principios de siglo XIII. Sin embargo, el segundo concilio de Lyon, celebrado en 1274, sólo permitió que subsistieran cuatro de ellas: los predicadores o dominicos, los menores o franciscanos, los eremitas de san Agustín y los cármenes. El papado añadió a principios del siglo XIV a los servitas de María, creada por un grupo de comerciantes penitentes florentinos, comprometidos en el servicio de un hospicio dedicado a la Virgen, que habían abandonado la ciudad para llevar una vida comunitaria de retiro y de pobreza. Su éxito quedó circunscrito a Italia, especialmente a la Italia

del norte. Volvieron con frecuencia a las ciudades, como por ejemplo a Roma, donde recibieron la iglesia de Saint-Marcel, y privilegiaron la dedicación a los estudios frecuentando la Universidad de París. Pero la tradición historiográfica les deja fuera del grupo de las órdenes mendicantes.

Al superior prestigio de los dominicos y de los franciscanos contribuyó de forma poderosa la personalidad de sus fundadores. Domingo, nacido en Caleruega en Castilla hacia 1170, se convirtió en canónigo del capítulo de Osma en 1196. En el transcurso de una misión atravesó el Languedoc e, impresionado por la importancia que en esta zona habían adquirido los heréticos, decidió combatirlos en su propio terreno, viviendo en la pobreza y consagrándose a la predicación. Sus bases fueron Prouille y Fanjeaux entre Carcasona y Toulouse. Reunió en torno a él una fraternidad de clérigos y el grupo tuvo un éxito suficiente para ser reconocido por el papa Inocencio III, en 1215. El cuarto concilio de Letrán prohibió aquel año la creación de nuevas órdenes pero, dado que el grupo de Domingo seguía la regla de san Agustín, habitual en los medios canónicos, se le autorizó a fomar una orden llamada por una bula pontificia de 1217, «orden de los predicadores». Domingo envió a sus hermanos a distintos centros urbanos, inclinándose por los más importantes (los dominicos se instalaron en las grandes ciudades, al contrario que los franciscanos a los que atraían más los centros urbanos medios y pequeños), y en concreto Bolonia y París, pues querían que su prédica tuviese fundamento en estudios serios. Hacia el final de su vida Domingo predicó sobre todo en la Italia del norte y murió en el convento de Bolonia en 1221. Fue canonizado en 1234.

Muy diferente es Francisco de Asís. Era hijo de un comerciante de paños de la pequeña ciudad de Asís tentado por la vida caballeresca. Hacia 1206 decidió renunciar de manera espectacular a esta vida y a la sucesión de su padre que le esperaba. Se despojó de todas sus ropas en la plaza pública, denunció el dinero y el comercio y llamó a sus conciudadanos a vivir en la pobreza y al servicio de Cristo. Junto con algunos compañeros fundó un grupo itinerante tomando como lugares de referencia dos modestas iglesias de los alrededores de Asís, san Damiano y la Porciúncula. Tras un difícil diálogo con el papa Inocencio III, Francisco obtuvo el reconocimiento de su fraternidad, compuesta a la vez por clérigos y laicos, como una orden nueva a la que dio su regla después de reescribirla por exigencia del papa Honorio III, quien finalmente la aprobaría en 1223, una vez Francisco suprimió los pasajes más provocadores acerca de la pobreza y de la vida comunitaria. Antes de repasar de manera sintética los inicios de la orden franciscana que, al contrario de lo sucedido con los dominicos fueron muy agitados, destaquemos el carácter novedoso de ambas órdenes. El rasgo más espectacular es sin lugar a dudas su implantación en medio urbano, y el hecho de que las ciudades sean los centros esenciales de doctrina y de actividad de dominicos y franciscanos. Éstos, no obstante, prolongan su actividad por los caminos, convirtiéndolos en itinerantes, y con retiros en ermitas situadas en las montañas. Por otra parte, procuraban su subsistencia de una manera radicalmente distinta de la de los monjes, pues no eran propietarios ni disponían de tierras ni de rentas. Vivían de las limosnas, que podían consistir en dones que les permitían cons-

truir, yendo contra las instrucciones de sus fundadores, iglesias cada vez más grandes sin abandonar cierta modestia en la decoración. Las órdenes mendicantes sitúan verdaderamente a Cristo y el Evangelio en el centro no sólo de su propia devoción, sino también de la de los laicos. Francisco de Asís llevará esta aspiración al extremo de la identificación con Jesús. En la soledad montañosa del monte Alverno en Italia central, recibió con la aparición de un serafín, los estigmas de Cristo, es decir la huella de las heridas que Cristo había recibido en la cruz. Las órdenes mendicantes enseñan también a las poblaciones, especialmente urbanas, nuevas prácticas religiosas gracias a una intensa prédica. Con ellos nació una Europa de la *palabra*, del sermón que, laicizado, será la Europa de la arena, de la tribuna, del discurso militante.

Francisco estaba fascinado por la obra divina, la creación entera, y así canta la alabanza de esta creación en el famoso *Cántico del Hermano Sol*, llamado también *Cántico de las criaturas*, al que se ha considerado un origen del sentimiento europeo de la naturaleza. Las órdenes mendicantes que se pusieron, desde su creación, al servicio de la Iglesia en su apostolado, no tardarían en ser desviadas por el papado de su actividad pastoral original hacia misiones nuevas. En su lucha contra los herejes, la Iglesia empujó a los mendicantes a ir más allá de la predicación, aun a riesgo de desnaturalizar su vocación, hacia la Inquisición. El papado pronto retiró la dirección de los tribunales de la Inquisición a los obispos para confiársela a las órdenes mendicantes. También la reputación de las órdenes mendicantes en la sociedad europea del siglo XIII ofrece contrastes. De un lado, son admirados, honrados y seguidos. En 1233, una campaña de pacificación de conflictos dentro de las ciudades de Italia del norte, el movimiento *Aleluya*, conoció —durante un tiempo limitado— un éxito espectacular. De otro lado, se les atacaba y eran objeto de una hostilidad que podía llegar al odio. Un caso ejemplar es el del inquisidor dominico (san) Pedro Mártir, un virulento inquisidor dominico del norte de Italia, asesinado en 1252 en el camino de Como a Milán. Representado como un santo con un cuchillo clavado en su cráneo, él pone de manifiesto la distancia que llegó a establecerse entre la Iglesia y las órdenes mendicantes, por una parte, y la mayoría de fieles, por otra, en torno a la Inquisición.

Las dos órdenes se encontraron juntas frente a las encendidas críticas de los seglares a propósito de la instrucción y del saber, sobre todo en la Universidad de París. Maestros seglares, el principal de los cuales fue Guillermo de Saint-Amour, poetas como Rutebeuf y Jean de Meung atacaron tenazmente a las órdenes mendicantes. Primero acerca del principio mismo de la mendicidad y de la pobreza. Se preguntaban si el hombre, incluido el religioso, no debe vivir del producto de sus manos en lugar de la limosna que le permite vivir en la ociosidad. Veremos más adelante que este sentimiento se nutría del nacimiento de una Europa del trabajo y una promoción de la idea misma del trabajo. ¿Los hermanos mendicantes son verdaderos mendicantes? ¿No deberíamos preferir a los «verdaderos pobres», es decir, a los que su condición condena a la mendicidad? Al acaparar funciones propias del clero seglar, la distribución de los sacramentos o la administración de iglesias, actividades que conllevaban la percepción del di-

nero del culto en su provecho, algunos fieles señalaron lo que había en ello de contradictorio, aunque sobre todo una gran parte del clero secular se levantó contra los mendicantes. Otro hecho que alimentó el conflicto, lejos de apaciguarlo, fue que desde mediados del siglo XIII, el papado se inclinó cada vez más por elegir a sus obispos entre los religiosos mendicantes difuminando así la distinción entre regulares y seglares.

En las universidades, y en particular en París, donde los mendicantes fueron mal vistos desde el principio (los dominicos afirmaron de entrada su interés por los estudios; y los franciscanos, a pesar de las reticencias de Francisco de Asís, en relación con una actividad que implicaba más tarde la compra de libros) porque durante la gran huelga de 1229-1231 aprovecharon la actitud de los maestros seglares para obtener la creación de cátedras a su favor. Entraron en el mundo universitario como rompehuelgas, como «esquirolas». El conflicto entre regulares y seglares envenenó la Universidad de París en varias ocasiones durante el siglo XIII. El papado intervino asumiendo en general la defensa de los mendicantes, pero sus intervenciones agravaron más de lo que apaciguaron la querrela, en la que Buenaventura y Tomás de Aquino jugaron un papel eminente en defensa de la legitimidad y el mérito de la pobreza voluntaria. El siglo XII fue por lo tanto, con la aparición de las órdenes mendicantes, un momento trascendental en la larga historia de la pobreza en Europa que por desgracia aún no ha acabado.

Otras disensiones, internas en esta ocasión, agitaron a la orden franciscana a lo largo del siglo XIII. En vida de san Francisco, una tendencia rigorista, ascética, se había opuesto a una tendencia al compromiso con las necesidades de la vida humana en sociedad. Francisco estuvo casi siempre del lado de los rigoristas, pero siempre se negó a desobedecer a la Iglesia y a la Santa Sede. En torno a su figura y a su memoria se desarrolló con frecuencia el conflicto que agitó a la orden después de su muerte. La primera ocasión de este conflicto fue la construcción de la basílica de Asís por su sucesor, el muy discutido padre Elías, una basílica cuyas dimensiones y esplendor parecían una refutación de la espiritualidad de Francisco. El conflicto se mostró a continuación esencialmente en los textos de carácter biográfico que le dedicaron. Y así nació lo que, a finales del siglo XIX, un gran biógrafo moderno de Francisco, el protestante Paul Sabatier llamó la «cuestión franciscana». Con Sabatier, esta cuestión nació, en concreto, del acontecimiento que debió poner fin al problema en el siglo XIII. En efecto, el capítulo general de la orden decidió en 1260 que el ministro Buenaventura redactara una *Vida* oficial de san Francisco destinada a sustituir a todas las escritas anteriormente y, tomando una decisión insólita, el capítulo ordenó que todas las *Vidas* fuesen destruidas. Si añadimos a este acto las condenas emitidas en París por el obispo Tempier, debemos por desgracia afirmar que el siglo XIII vio nacer no solamente una Europa de la Inquisición sino también una Europa de la censura.

Una Europa de la caridad

Artesanos a través de la doctrina de una Europa de la palabra, los mendicantes son también los grandes actores de una Europa de la caridad, los antepasados de una Europa de la seguridad social. El sistema se pone a punto en el siglo XIII con el nombre de «obras de misericordia». Se fundan en un texto del Evangelio de Matías 25, 35, según el cual el Hijo del Hombre en el Juicio Final separará a los hombres y dirá a los situados a su derecha que van a entrar en el Reino de Dios en recompensa por las buenas obras que le habían prodigado durante su vida terrestre. Éstas consistían en visitar a los enfermos, dar de beber al sediento, alimentar a los que pasan hambre, rescatar a los cautivos (en el siglo XIII, se trataba principalmente de prisioneros de los piratas musulmanes en el Mediterráneo), vestir al desnudo, acoger a los extranjeros, y fundar servicios religiosos destinados a los difuntos. Los hermanos mendicantes fueron los más activos en la predicación y en la práctica de estas obras de misericordia; al mismo tiempo, se mostraron muy activos en el servicio en los hospitales cuyo número se multiplicó en el medio urbano. Una Europa de los hospitales había nacido.

La tercera orden: entre clérigos y laicos

La última característica de las órdenes mendicantes es el fruto de su interés por los ciudadanos laicos. Se trata de la fundación de las Terceras Órdenes. Agrupaban en su seno a laicos de diversa condición, aunque en realidad se trataba de individuos ricos que sin abandonar a su familia ni dejar de ejercer su profesión llevaban una vida tan próxima como era posible de la de los hermanos. En realidad, las órdenes mendicantes implicaban, obedeciendo a la voluntad de sus fundadores, tres órdenes: una orden masculina, una orden femenina (las clarisas para los franciscanos, las dominicas para los dominicos) y una Tercera Orden que extiende considerablemente su influencia en la sociedad urbana. Es efectivamente el conjunto de esta sociedad la que queda enmarcada por estas tres órdenes. No obstante, las órdenes mendicantes siguieron dominadas por la primera orden, la de los hermanos, de los hombres y por el papado. Y esta orden no escapó a la clericalización y, tal y como ha demostrado a propósito de los franciscanos el padre Desbonnet, las órdenes mendicantes evolucionaron muy pronto «de la intuición a la institución». A pesar de los progresos de los laicos como miembros de la Iglesia, el siglo XIII fracasaría en la construcción de una Europa de los laicos.

La Europa gótica

El siglo XIII fue un gran período de floración artística, especialmente en el terreno arquitectónico. El arte y, de modo particular, la arquitectura, ha sido una de las grandes manifestaciones y uno de los grandes cimientos de la unidad europea. A pesar de los rasgos en común, las literaturas permanecían alejadas entre

sí por la diversidad de lenguas; el lenguaje del arte fue casi único. Ya el arte románico marcaba, como su nombre indica, un cierto retorno al arte románico antiguo que se había difundido por gran parte de Europa, aunque con importantes particularidades según los pueblos y las regiones. El arte gótico, también llamado arte francés, sumergió a toda la Europa cristiana, a partir de la Francia del norte y, más concretamente, de esa región a la que en el siglo XIII se llamaba Francia propiamente dicho, y más tarde Ile-de-France. Este arte nuevo, muy distinto del románico, responde a la vez al gran desarrollo demográfico que reclama iglesias más grandes, y a una profunda transformación del gusto. Además de las mayores dimensiones, el gótico se distinguió por la atracción de la verticalidad, de la luz, e incluso del color. Las ciudades importantes, pues era un arte mucho más urbano que el arte románico, rivalizaron en audacia y en belleza en la construcción de edificios góticos que se reflejó sobre todo en las catedrales. Georges Duby lo llamó «el tiempo de las catedrales». Nació así, una Europa del gigantismo y de la desmesura. Siempre más alto: esa parecía ser la consigna imperante entre los arquitectos góticos. Después de una primera generación de catedrales entre 1140 y 1190, marcada por las catedrales de Sens, Noyon y Laón, el siglo XIII fue el gran siglo de las catedrales, empezando por Notre-Dame de París. La búsqueda frenética de la longitud y de la altura se manifestó de modo extraordinario en la catedral de Amiens, construida entre 1220 y 1270, es decir prácticamente durante todo el reinado de san Luis, quien pronunció en ella, en el coro ya terminado en 1256, su famoso *Discurso* de Amiens, sentencia arbitral entre el rey de Inglaterra y sus barones. Amiens tenía una longitud de 145 metros, con una altura de 42,50 metros. El punto final se alcanzó y rebasó en el coro de Beauvais, que elevándose hasta los 47 metros de altura en 1272, se hundió en 1248.

Una espiritualidad de la luz presidió la construcción de los altos ventanales de las iglesias góticas. La teoría quedó expresada en el siglo XII por el abad de Saint-Denis, Suger, quien inició la reconstrucción de la iglesia de su abadía según los nuevos principios teológicos-estéticos. Al contrario de los vitrales románicos, en general blancos o en grisalla, los vitrales góticos conocieron la floración del color ligado al desarrollo de la cultura de las plantas tintóreas como el glasto o hierba pastel, y a los avances en la técnica de los tintes. Los colores de los vitrales se añadían a la policromía de las esculturas, según las recordó Erlande-Brandebourg en su obra *Cuando las catedrales estaban pintadas*. La arquitectura gótica iba acompañada de una floración de la escultura esencialmente en la ornamentación de las catedrales. El desarrollo de los pórticos esculpidos de las catedrales ofreció un espacio espectacular a las esculturas, y en particular a las representaciones del Juicio Final cuya visión equilibraba, por el temor tanto como por la esperanza, el impulso vertical y el resplandor luminoso.

La Europa del vitral coloreado quedó ilustrada de forma sobresaliente por la catedral de Chartres y sus famosos azules. Las grandes catedrales francesas fueron a menudo imitadas en el extranjero, ya sea a partir del tipo de tres naves, el más frecuente, ya sea a partir del tipo de cinco naves, como Bourges. Las copias más hermosas se levantaron en España, sobre todo en Burgos, pero también en Toledo y en León. En Inglaterra se difundió un gótico particular a partir de

Normandía y fue una de las primeras expresiones de lo que en los siglos XIV y XV se llamará gótico flamígero. En Italia, el arte gótico se vio «encajonado» entre el arte románico persistente y el arte precoz del Renacimiento. El gótico se difundió sobre todo, si bien de forma limitada, gracias a los órdenes mendicantes, como en Asís. En el ámbito germánico y sobre todo hanseático, hubo un tipo particular de iglesias góticas, bajo influencia de los comerciantes, que se edificó alrededor de una única nave alargada, las iglesias-halles. Recientemente, Roland Recht destacaba la larga tradición del gótico en Europa hasta hoy: «Si miramos con atención algunas realizaciones eminentes del siglo XX, constatamos que a menudo prolongan, enriquecen y actualizan un conjunto de adquisiciones realizadas entre 1140 y 1350 en el noroeste de Europa. A ellas los Poelzig, los Bruno Taut, los Mies van der Rohe, los Gropius, los Niemeyer, los Gaudí pero también los Nervi, los Gaudín y los Gehry, etc., deben una gran parte de su cultura arquitectónica. Al emanciparse del ideal clásico, la arquitectura del movimiento moderno se dotó simultáneamente de la posibilidad de inspirarse en lo que este ideal había impedido: la redefinición estática y estética de la pared, la disposición de estructuras autoportantes, la prefabricación de elementos estandarizados y, sin duda por encima de todo, una clara legibilidad de la función a través de la forma».³ Una excursión por las diferentes formas del arte gótico nos llevaría demasiado lejos. Pero no debemos olvidar que la Europa gótica del siglo XIII no era solamente una Europa de la arquitectura sino también de la escultura, desde los pórticos de las catedrales a los púlpitos esculpidos de Pisa y a las estatuas de los ángeles, de vírgenes y princesas, y también de la pintura, desde los frescos hasta las miniaturas. El siglo XIII gótico enriqueció de forma maravillosa a Europa con «imágenes».

La Europa cortés

En el siglo XIII también se consolidó una Europa de los buenos modales a los que historiadores y sociólogos modernos han puesto el nombre de civilización, mientras los cristianos del siglo XIII hablaban de cortesía. Más tarde, las palabras urbanidad y educación que remiten a un espacio urbano se utilizarán también para designar este refinamiento de los sentimientos y comportamientos. El primer estudio de conjunto de este movimiento lo ofreció en 1939 el sociólogo alemán Norbert Elias, en su obra innovadora *Über den Prozess der Zivilisation*.⁴ Los hombres de la Edad Media designaban esta evolución con el nombre de cortesía. La etimología misma muestra que este movimiento, que data de la Edad Media y más en concreto del siglo XIII, tenía dos orígenes sociales, la corte y la ciudad. Hubo por lo tanto una convergencia involuntaria de las costumbres nobles y de las costumbres burguesas para crear en los siglos XII y XIII manuales de cortesía en latín o en lengua vulgar entre los que podemos citar en Inglaterra el *Liber Urbani*,

3. Lección inaugural en el Collège de France, marzo de 2002, p. 30.

4. Traducción francesa, *La Civilisation des moeurs*, Calmann-Lévy, París, 1973. (Trad. cast., *El Proceso de la civilización*, FCE, México, D. F., 1993.)

y el *Facetus*, en alemán *Der Wälche Gast* (*El huésped Welche*) de Thomasin de Zerklare, el *Poema* de Tannhäuser, y el *Tratado de cortesías* del pedagogo milanés Bonvesin de la Riva. Los consejos de buenas maneras que se daban en estas obras hacían referencia sobre todo a las maneras en la mesa, a las funciones naturales, a las relaciones sexuales y a la lucha contra la agresividad. En Bonvesin, por ejemplo, leemos:

No hay que beber nunca de la soper,
sino utilizar una cuchara, es más conveniente.
El que se inclina sobre la soper
y, de mala manera, deja caer su baba,
como un cerdo, haría mejor en reunirse
con los otros animales.

El tenedor, traído en tiempos tempranos desde Bizancio a Venecia, sin ningún éxito, se difundió de manera lenta a partir de los siglos XIV y XV.

Toda esta literatura condujo al célebre tratado de Erasmo, escrito en latín y traducido a varias lenguas vulgares, *De civilitate morum puerilium* (*De la civilidad de las costumbres de los niños*), que gozó de un gran éxito en el siglo XVI. La Europa de las buenas costumbres nació en el siglo XIII.⁵

La promoción ambigua del trabajo

En el siglo XIII también se consolidó un cambio importante de mentalidades y comportamientos en un terreno esencial de la actividad humana donde la tradición medieval sigue siendo perceptible aún hoy: el trabajo. El trabajo tenía en la Alta Edad Media un estatuto ambiguo; constituía un problema sobre todo en el mundo monástico. Las reglas monásticas, empezando por la de san Benito, forzaban a los monjes a una doble obligación en cuanto al trabajo: un trabajo intelectual de copia de manuscritos y un trabajo económico en la agricultura de subsistencia. Esta obligación del trabajo era para los monjes un acto de penitencia. El libro del *Génesis* decía que Dios castigó el pecado original de Adán y Eva condenándolos a trabajar. Como penitencia, el trabajo monástico era también rescate, y fue así como surgió una noción apreciativa del trabajo. Dado el prestigio del monje en la sociedad de la Alta Edad Media, el que los hombres más prestigiosos de dicha sociedad, los monjes, trabajasen, confirió de forma algo contradictoria valor positivo al trabajo. La valoración de este trabajo se aceleró en los siglos XI y XIII. Los progresos tecnológicos del trabajo rural, el desarrollo del trabajo artesanal en las ciudades, la búsqueda de la riqueza y de un estatuto social elevado gracias al trabajo repercutieron sobre la imagen de éste. Hemos visto que a los comerciantes y a los universitarios se les legitimaba por su trabajo. Los her-

5. Un antepasado de los tratados de buenas maneras medievales, el *disticha Cantonis*, del siglo III, en verso, fue objeto de copias de manuscritos en la Edad Media.

manos de las órdenes mendicantes fueron criticados por su negativa a trabajar, pero se defendieron reclamando para su apostolado la consideración de una forma de trabajo. Las clases sociales que mostraban su superioridad mediante su abstención de trabajar —ociosidad de los contemplativos y clérigos, ociosidad de los guerreros, de los caballeros y de los nobles— se veían derrotados ahora por la promoción del trabajo dentro de la sociedad y en la espiritualidad. La actividad guerrera se presentó como trabajo útil para la protección de los débiles. El apostolado de los clérigos fue, antes incluso de la autodefensa de los mendicantes, reconocido y loado. Todo el mundo de la cortesía y de la caballería se veía amenazado por esta revalorización del trabajo. Se creó entonces un adagio: «Labor supera proeza». La imagen del trabajo continuaba, sin embargo, resintiéndose de graves debilidades. No hay palabra para designarlo; por lo tanto, el concepto de trabajo no existía. De un lado, *labor* se refería sobre todo a un esfuerzo (de él se derivaría sin embargo *laborar* y el inglés *labor*). De otro, *opera* designó el producto de ese trabajo, la obra (de donde salió obrero). No obstante, subsistió una oposición que llegó incluso a reforzarse, la que existía entre el trabajo manual más despreciado que nunca y las demás formas honorables y honradas de trabajo. El poeta Rutebeuf reivindicó con orgullo:

No soy obrero de las manos.

Así nació una Europa de la ambigüedad del trabajo delimitado entre la dignidad y la indignidad del trabajo. Contribuyó también a esta ambigüedad el hecho de que la sociedad, y en particular la Iglesia, los ricos y poderosos, parecía elogiar el trabajo esencialmente para mantener a los trabajadores en la esclavitud de sus empleadores. Es un debate todavía vivo y las transformaciones fundamentales del trabajo dentro de nuestra sociedad constituyen uno de los grandes virajes que tienen lugar en las sociedades llamadas «avanzadas».

Europa, los mongoles y el Este

El siglo XIII arraigó una evolución esencial para el problema de la formación de Europa. Como la mayoría de veces, se esbozó una identidad europea frente a los enemigos u «otros»; éstos fueron los persas en la Antigüedad, luego los bárbaros y los paganos y por último los musulmanes. Los mongoles aportaron el último toque a este proceso de identidad en el siglo XIII. La invasión mongol de 1241 que avanzó hacia el oeste hasta Silesia, pero se replegó luego hacia el este, suscitó un desequilibrio mental, un miedo pánico entre los cristianos. El rey de Francia, san Luis, considera la muerte como mártir, y durante su cruzada en Oriente no dejará de preocuparse, unas veces de forma negativa y otras positiva, por esos extraños mongoles que podían ser o terribles enemigos, o bien aliados contra el islam. El miedo a los mongoles alimentó un cambio en las mentalidades ya importante, y con ello el abandono de las cruzadas. El interés cada vez mayor de los cristianos por sus tierras, sus bienes y sus negocios de Occidente hizo vacilar

el impulso hacia la cruzada. La amenaza mongol cimentó ese desinterés por Tierra Santa.

En la lenta construcción de fronteras todavía encarnadas por zonas territoriales, antes que por líneas fijadas más tarde por los Estados, una nueva y decisiva frontera de la Europa cristiana apareció en la Europa del Este. Los primeros países cristianos que impusieron esta nueva visión fueron Hungría y luego Polonia. Los dos países se presentaron como los diques de contención de la cristiandad contra los bárbaros paganos. Mongoles en primera fila, pero también cumanos en Hungría, prusianos y lituanos en Polonia. La más nítida expresión de esta nueva situación y de estas nuevas concepciones fue una carta dirigida al papa por el rey de Hungría, Bela IV, entre 1247 y 1254. El soberano declaraba en ella que los tártaros, nombre con que tradicionalmente se designaba a los mongoles, se preparaban con denuedo para dirigir en breve plazo su innumerable ejército «contra toda Europa», «contra totam Europam»; y el rey de Hungría añadía: «Si, a Dios no plazca, el imperio de Constantinopla y las regiones cristianas de ultramar estuviesen perdidos no sería, sin embargo, una pérdida tan grande para los «habitantes de Europa» como si los tártaros ocupasen nuestro reino». Con mayor claridad aun, con motivo del segundo concilio de Lyon en 1274, el obispo de Olomuc en Moravia afirmó que la cruzada desviaba a los cristianos de la verdadera frontera contra los paganos y los infieles, a los que situaba sobre el Danubio como Bela IV. Este concepto político-geográfico de Europa, que ignoraba los Cárpatos y con mayor motivo el Ural como fronteras de Europa, más que una identificación entre Europa y cristiandad reflejaba un nuevo concepto territorial de Europa.

Es una Europa «nueva». El resultado del gran desarrollo que la cristiandad experimentó desde el siglo XI hasta aproximadamente mediados del siglo XIII. Creo advertir entre mediados del siglo XII y mediados del XIII, fechas muy aproximativas, pues los grandes movimientos de la historia rara vez pueden fecharse con precisión, una profunda mutación en un conjunto fundamental de valores en la sociedad cristiana europea. Ese giro decisivo resulta, me parece, de la toma de conciencia por una parte importante de los hombres y mujeres de este período, de este gran desarrollo de la cristiandad y de sus principales consecuencias. El desarrollo en cuestión se manifestó, como hemos visto, con mayor o menor intensidad y con ciertos desfases cronológicos según los lugares y medios en el conjunto de los ámbitos que constituyen la vida de las sociedades: tecnológico, económico, social, intelectual, artístico, religioso y político; esos valores afectan a dichos ámbitos, en una interacción compleja, de modo que un ámbito determinado podía, en el curso de esta mutación común, desempeñar un papel más importante como acelerador. Lo constituirá tanto el empuje urbano como la revolución agrícola, el desarrollo demográfico como la aparición de la metodología escolástica, y de las órdenes mendicantes, tanto el nacimiento del Estado como las transformaciones del campesinado, tanto la aparición de nuevas categorías sociales urbanas como los burgueses, siempre interactuando.

Los valores del Cielo descienden sobre la Tierra

Definí este período de toma de conciencia, de gran desarrollo de la Edad Media central, y de la mutación de valores, como el tiempo en que los valores del Cielo descendieron a la Tierra. Creo, en efecto, que entre las posibles soluciones culturales capaces de responder al desafío que el gran desarrollo le planteaba a los valores tradicionales de la Alta Edad Media, la cristiandad latina, sin eliminar por completo la doctrina del desprecio del mundo (*contemptus mundi*) que sobrevivió mucho tiempo, eligió la conversión al mundo terrestre dentro de unos límites compatibles con la fe cristiana. Un primer signo de la mutación de valores fue que las novedades que arraigaron dentro del gran desarrollo no pudieron hacerlo sino camuflándose tras el respeto a la tradición antigua, pagana o cristiana. Recuerdo la frase emblemática de Bernard de Chartres: «Somos enanos subidos a hombros de gigantes». La primera mutación de valores en el siglo XIII fue el abandono de la tradicional condena de toda novedad. La *Vida* de santo Domingo, por ejemplo, en la primera mitad del siglo XIII, exaltó en Domingo al hombre «nuevo», y su orden, los predicadores, como una orden «nueva». Es cierto que los hombres de la Alta Edad Media trabajaban, luchaban por la vida terrestre, por el poder terrestre, pero los valores en nombre de los cuales vivían o luchaban eran valores sobrenaturales: Dios, la Ciudad de Dios, el Paraíso, la Eternidad, el desprecio del mundo, la conversión, el ejemplo del hombre Job, aniquilado ante la voluntad de Dios. El horizonte cultural ideológico y existencial de los hombres era el Cielo.

Los hombres a partir de siglo XIII siguen siendo cristianos profundamente preocupados por su salvación. Pero a partir de entonces esa salvación se consigue a través de una doble inversión sobre la Tierra y sobre el Cielo. Se da a la vez una emergencia de valores terrestres legítimos y salvadores, como la transformación del trabajo de valores negativos de penitencias en valores positivos de colaboración con la obra creadora de Dios, el descenso de valores del Cielo sobre la Tierra. La innovación, el progreso técnico e intelectual, ya no son pecados; la alegría y la belleza del Paraíso pueden recibir un inicio de realización sobre la tierra. El hombre, recordemos que fue hecho a imagen y semejanza de Dios, puede crear sobre la tierra las condiciones no solamente negativas sino positivas de la salvación. Se subraya que Adán y Eva fueron salvados del infierno por Jesús en su descenso a los limbos; la Historia no es ya un declive hacia el final del mundo, sino un ascenso hacia el cumplimiento de los tiempos. El joaquinismo que sólo inspira un sentimiento milenarista a una minoría, insufla a una mayoría un sentido positivo de la Historia. Entre esos nuevos valores podemos citar, junto a las antiguas autoridades intelectuales, los *authentica*; aparecen las nuevas autoridades de los maestros universitarios, los *magistralia*. En el terreno económico surge la idea no de progreso, que no se desarrollará hasta finales del siglo XVII, sino de crecimiento. La intensificación del uso del molino, el desarrollo de esas aplicaciones (molino de hierro, de agua, de cerveza, de batán, etc.), la sustitución del oficio de tejer vertical por el oficio de tejer horizontal, el invento en el siglo XIII del sistema del árbol de levas que transforma un movimiento continuo en movimiento alternativo, propician la aparición de un nuevo valor, la productividad.

Como un maná celeste, la abundancia desciende del Cielo sobre la Tierra. En el terreno agrícola, la lenta sustitución, allá donde la tierra, el clima y la organización agraria lo permiten, de la rotación trianual por la rotación bianual, aumenta alrededor de un sexto la superficie cultivada de los terrenos y permite una diversificación estacional de los cultivos (trigo de primavera y trigo de otoño, culturas llamadas «ocultas»). Así aparecen los valores de crecimiento y de rendimiento. La ciencia agrícola se convierte, como sucedió a finales de la Antigüedad, en un saber digno de la redacción de manuales. Es éste el caso del manual de *Hou-sebondrie* de Walter de Hemley, el *Ruralium commodorum opus*, de Pietro de Crescenzi, que el rey de Francia Carlos V hizo traducir al francés a mediados del siglo XIV. No hay por qué exagerar esas transformaciones, aunque son un signo de conversión al mundo. La noción de provecho vergonzoso (*turpe lucrum*), que se oponía al desarrollo de los beneficios y a los cargos con interés, se evitaba cada vez más gracias a la casuística económica, en la que se distinguen las órdenes del comerciante, quien pone al alcance de una parte creciente de la humanidad los bienes que el Cielo confió en principio a sólo una parte de ellos en una porción de la Tierra. La difusión de los nuevos valores se realiza a menudo a través de un llamamiento mayor a la razón y al cálculo (que es la misma palabra en latín, *ratio*). La racionalización de las explotaciones rurales y de la recaudación de los ingresos conduce a la empresa extraordinaria, muy avanzada para su tiempo, del nuevo rey de Inglaterra, el normando Guillermo el Conquistador, que hizo establecer en 1085 un inventario completo de los dominios de la Corona y de sus ingresos. El nombre familiar que se le asignó y que permanece en la historia es *Domesday Book*, libro del Juicio Final. No había mejor modo de expresar la idea que he avanzado sobre una transferencia desde el Cielo hasta la Tierra. El conde de Flandes, dentro de la misma corriente de ideas, hizo elaborar en 1187 un documento con una estimación transcrita en cifras de sus ingresos, el «Gran Informe» de Flandes. Felipe Augusto de Francia (1185-1223) pidió que se estableciera regularmente el estado de ingresos de su dominio real, y se conserva un fragmento del mismo relativo a 1202-1203. Aunque la realidad sea más modesta, podemos afirmar que nació una Europa del presupuesto. Al mismo tiempo, como ha demostrado muy bien Alexander Murray, una verdadera «manía aritmética» se apodera de los hombres occidentales hacia 1200. Todo se contabiliza, incluido los años de purgatorio, y Jacques Chiffolleau lo ha resumido expresivamente como «contabilidad del más allá».

Lo cierto es que los hombres y mujeres del siglo XIII, los clérigos, pero también los laicos, han invadido el dominio de Dios. La voluntad de dominar mejor el tiempo de la vida cotidiana propició el nacimiento a finales del siglo XIII, en toda Europa, del reloj mecánico. Las universidades hicieron bajar hasta sus cátedras una parte del saber cuya distribución se reservaba Dios. El conocimiento de Dios y del más allá se convierte en un saber humano; Abelardo inventa la palabra teología en el siglo XII, y el padre Chenu demuestra de qué modo la teología se convierte en el siglo XIII en una ciencia. Por último, con el nacimiento a finales del siglo XII del Purgatorio, la Iglesia y los hombres pueden sustraerle a

Dios una parte de su poder sobre los muertos instituyendo un sistema de entrega de las almas del Purgatorio gracias a los «sufragios» de los seres humanos presentados a Dios. El utillaje intelectual y mental de los hombres evoluciona, se produce un progreso del dominio gracias al desarrollo de los instrumentos del saber. El libro se convierte en manual, y no solamente en objeto de devoción y de arte. La escritura invade el mundo de los comerciantes y de los juristas; es objeto de estudio en las escuelas, y de ese modo se desacraliza o, mejor dicho, inscribe en la tierra su poder celestial. El cuerpo es objeto de cuidado personal pero también de represión. El papa Bonifacio VII prohíbe a finales del siglo XIII el despedazamiento de los cadáveres, algo que todavía llegó a padecer el cuerpo de san Luis en 1270. La glotonería, que durante mucho tiempo fue considerada un pecado grave íntimamente ligado a la lujuria, se legitimó con el progreso del refinamiento alimentario y culinario. El más antiguo manual de cocina medieval que se conoce, según la historiadora polaca Maria Dembinska, fue escrito al parecer en el año 1200 por un arzobispo danés, Absalón, quien tenía probablemente un cocinero francés. A finales de siglo XIII, nacía una Europa de la gastronomía.

Por influencia del rigorismo monástico, la risa estaba severamente condenada en la Alta Edad Media pero, a principios del siglo XIII, se convirtió en una de las características de la espiritualidad de Francisco de Asís y de los primeros franciscanos. De manera general, a partir de ahora existía una cierta tendencia a retrasar al máximo la partida de los cuerpos humanos hacia la espera del Juicio Final. Agostino Paravicini Bagliani reveló el apasionado interés del franciscano Roger Bacon y de la curia pontificia en el siglo XIII en la esperanza de aumentar la duración de la vida humana terrestre. El conocimiento del mundo se convirtió entonces en el objeto de investigaciones de una cartografía más concreta que los mapas de la Alta Edad Media, escasamente preocupada por las precisiones científicas. Mientras que a mediados del siglo XII el obispo Otón de Freising, tío de Federico Barbarroja, estimó que la cristianización de la tierra estaba acabada y que la Ciudad de Dios estaba llevando al fin de la historia, bajo la presión de las construcciones monárquicas en Inglaterra y en Francia, de la Reconquista española y de los grandes concilios romanos, y bajo la influencia que conviene recordar, de las ideas joaquinistas, Europa recuperó el sentido de la Historia.

Por último, en los siglos XII y XIII, se constituyeron dos tipos de ideal humano que apuntaban a lograr un triunfo esencialmente terrestre aun cuando debía ser también una preparación para la salvación. El primero fue la «cortesía», inspirada por las maneras de corte y difundidas entre las clases nobles y caballerescas y que se convirtió en el siglo XII, como ya se ha visto, en sinónimo de educación e incluso de civilización en el sentido moderno.

El otro ideal fue el de la *prud'homme*. Es un ideal de sabiduría, de moderación, la alianza entre el valor y la modestia, la proeza y la razón. Es un ideal también esencialmente laico. Ambos ideales se encarnan en las dos principales figuras de uno de los libros de más éxito de los siglos XII y XIII, la *Canción de Roldán*. Roldán es *preux*, valiente, y Oliveros es sabio. Y el rey de Francia, Luis IX, es a la vez valiente y santo. La salvación desde entonces se adquiere tanto en la Tierra como en el Cielo.

Para acabar, sin renegar de los ideales colectivos como la pertenencia a un linaje, a cofradías, o a las corporaciones, los hombres y mujeres del siglo XIII se esforzaron, al menos lo hizo una minoría de ellos, en promover al individuo. Al final de su camino terrestre el purgatorio es un más allá individual antes del más allá colectivo del Juicio Final. Michel Zink ha sabido captar de qué manera el «yo» entra en la literatura, la subjetividad literaria triunfa en la Europa del siglo XIII.